LIAHONA

Noviembre de 1982 · Número 11 · Año 28

GM
M205.5
L696sSP
v.28
1982

Liahona

Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

Noviembre de 1982
Número 11
Año 28

La Primera Presidencia: Spencer W. Kimball, N. Eldon Tanner, Marion G. Romney, Gordon B. Hinckley.

Consejo de los Doce: Ezra Taft Benson, Mark E. Petersen, LeGrand Richards, Howard W. Hunter, Thomas S. Monson, Boyd K. Packer, Marvin J. Ashton, Bruce R. McConkie, L. Tom Perry, David B. Haight, James E. Faust, Neal A. Maxwell.

Asesores: M. Russell Ballard, Loren C. Dunn, Rex D. Pinegar, Charles A. Didier, George P. Lee, F. Enzio Busche.

Editor: M. Russell Ballard – **Editor Gerente:** Larry A. Hiller – **Editor Asistente:** David Mitchell – **Sección Niños:** Bonnie Saunders – **Montaje y Diseño:** Roger B. Gylling – **Producción:** Norman Price.

Responsable de la traducción: Raquel R. V. Tokarz, Departamento de Traducción, 50 East North Temple, Salt Lake City, Utah, 84150, EE. UU.

Responsable de las páginas locales: Victoria Clemente, Camino del Medio 56, Cuarto 2, Premia de Mar, Barcelona.

INDICE

ARTICULOS DE INTERES GENERAL

Los templos y la obra que se realiza en ellos, *presidente Gordon B. Hinckley* 1
Preguntas y respuestas 5
La Primaria 9
Lo cálido de un bautismo en invierno, *Hildegard Hahl* 11
Al dar bendiciones del sacerdocio, *Dennis L. Lythgoe* 14
"¿Me amas más que éstos?", *Celestia Whitehead* 20
Defended vuestras convicciones, *élder James E. Faust* 23
Desocupación vs. desesperación, *Stephen W. Gibson* 38

SECCION PARA LOS JOVENES

¿Podemos substituir al Señor?, *Paul James Toscano* 29
En cualquier lugar, menos en Venezuela, *Mario G. Echeverri* 33
¡Hoy mismo!, *élder Derek A. Cuthbert* 35

SECCION PARA LOS NIÑOS

De amigo a amigo C1
Harold B. Lee (1899–1973) C4
Los mejores compañeros, *Sherwood B. Idso* C6

Para subscribirse: Solicite su subscripción al representante de la Liahona en la rama donde resida, o a la Oficina Regional de Madrid. El precio de la subscripción es de 504 pesetas anuales o 42 pesetas cada mes.

© 1982 by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints. All rights reserved.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, Sierra de Guadarrama s/n°, San Fernando de Henares (Madrid), España.

Printed in the Federal Republic of Germany

PBMA 0518 SP

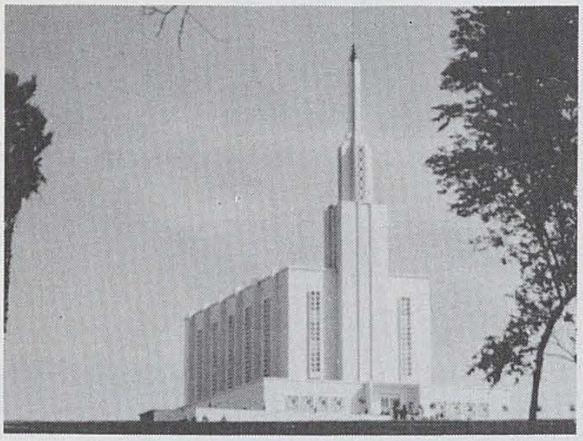
LOS TEMPLOS Y LA OBRA QUE SE REALIZA EN ELLOS

por el presidente Gordon B. Hinckley
Consejero en la Primera Presidencia

Los templos de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días son una significativa forma de expresar a todo el mundo la fe que los millones de santos tenemos en la inmortalidad del alma. Todo lo que se lleva a cabo en estos templos sagrados se basa en la creencia de que todo ser mortal que ha vivido o viva sobre la tierra es realmente inmortal. Para aquellos que visitan estos lugares sagrados del Señor, esto es más que una creencia, es un hecho basado en una fuerte convicción personal.

Si no existiera tal convicción, las enormes cantidades de dinero que se gastan para la construcción y el mantenimiento de los templos no tendrían ningún objetivo, ni tampoco las incontables horas de servicio que allí se prestan.

Por supuesto, hay muchos que



Arriba: el Templo de Nueva Zelanda. **A la derecha:** el Templo de Manti, en Utah.

creen en la inmortalidad del alma. Todo cristiano que acepta la resurrección del Salvador como un hecho real cree en la inmortalidad del alma. De la misma manera, muchos que no son cristianos enseñan que la vida es eterna. Desde el principio de los tiempos, la muerte ha sido para la raza humana un gran misterio. Los hombres y mujeres de todas las épocas han reflexionado sobre la misma pregunta que se hizo Job: "Si un hombre muriere, ¿volverá a vivir?" (Job 14:14.) Su respuesta se encuentra en las enseñanzas del Salvador y sus profetas, cuyas declaraciones sobre la vida eterna son tan claras que brillan como la luz del mediodía. Las palabras que Jesús dirigió a la desconsolada Marta se han convertido en un pilar de fortaleza para aquellos que creen:

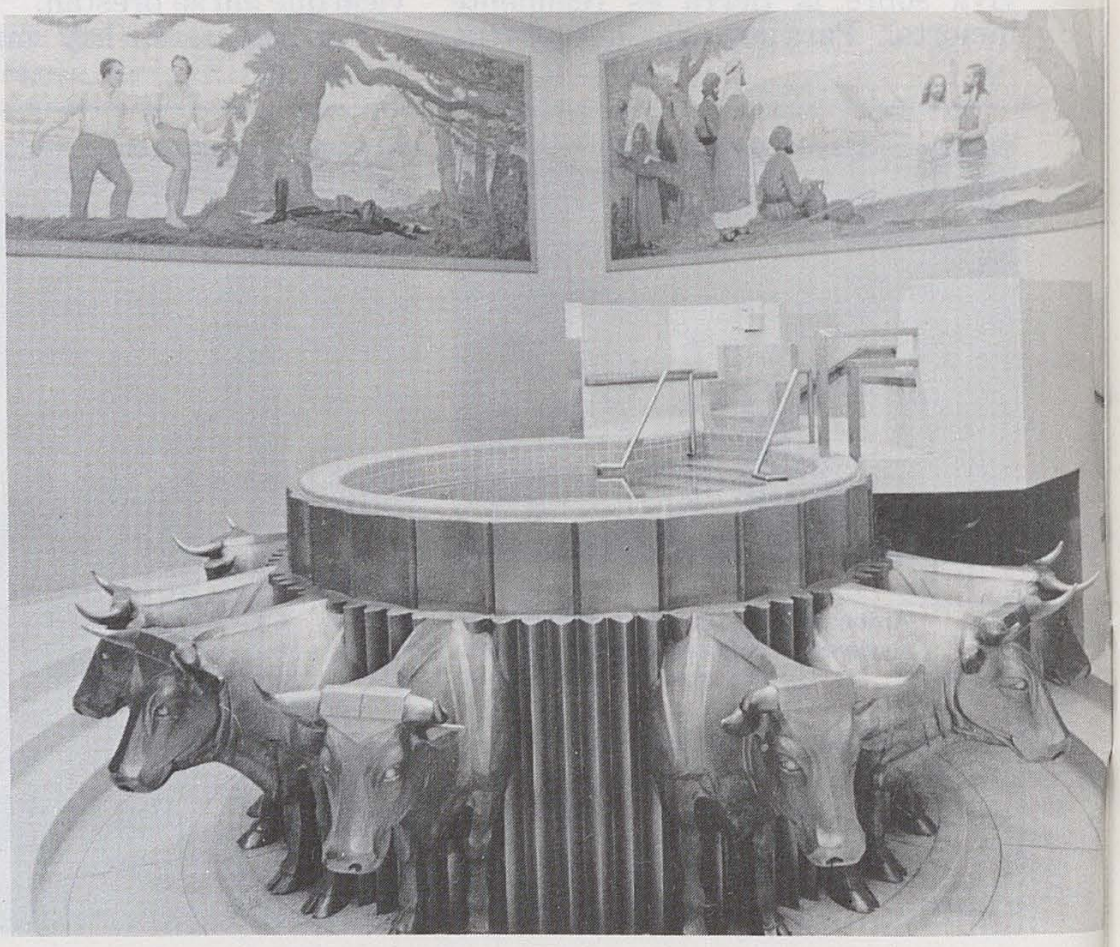
"Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.

"Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente." (Juan 11:25-26.)

De la misma manera, las palabras de Pablo testifican de la redención divina a través de los siglos:

"Porque así como en Adán todos

Pila bautismal del Templo de Idaho Falls, Idaho.



mueren, también en Cristo todos serán vivificados." (1 Corintios 15:22.)

Verdaderamente, la salvación vino a todo el género humano a través del Hijo de Dios, quien dio su vida para que todos pudieran vivir nuevamente.

Pero existe una meta más allá de la resurrección: es la exaltación en el reino de nuestro Padre, y la podremos alcanzar únicamente mediante la obediencia a sus mandamientos. Comienza con el hecho de que lo aceptamos como nuestro Padre Eterno y a su Hijo como nuestro Salvador viviente, e incluye la participación en varias ordenanzas, todas las cuales son importantes y necesarias. La primera de ellas es el bautismo por inmersión, sin la cual, de acuerdo con el Salvador, una persona "no puede entrar en el reino de Dios" (Juan 3:5). Este bautismo va acompañado del nacimiento del Espíritu, el don del Espíritu Santo. Luego, con el correr de los años, el hombre es ordenado al sacerdocio y, consecuentemente, los hombres y mujeres dignos reciben la bendición de poder entrar en el templo. Estas bendiciones del templo incluyen el lavamiento y la unción para poder estar limpios ante el Señor; abarcan una ceremonia de investidura en la que recibimos instrucciones y contraemos obligaciones y se nos prometen bendiciones que nos inducen a comportarnos de acuerdo con los principios del evangelio. También incluyen las ordenanzas selladoras por las cuales todo lo que se ate en la tierra "será atado en el cielo" (véase Mateo 18:18) para la continuidad de la familia.

Estas son experiencias hermosas para el beneficio de los que participan en ellas; pero lo que las hace exclusivas entre todas las ordenanzas religiosas es el hecho de que sus consecuencias son *eternas*.

Un templo es una casa de Dios, y El es Eterno. Fue a petición de El que se construyeron casas especiales y sagradas para que se pudieran administrar esas ordenanzas eternas. No existe sobre la faz de la tierra ningún edificio que pueda reemplazar lo sagrado de ese recinto.

Pero si las bendiciones que el templo representa estuvieran a disposición sólo del número reducido de miembros fieles, merecedores de ellas en la actualidad, considerando los miles de millones de hijos de nuestro Padre Celestial que han vivido sobre la tierra, dichas ordenanzas eternas constituirían un privilegio exclusivo al alcance de sólo unos cuantos. Por causa del gran amor que tiene por Sus hijos, nuestro Padre Celestial nos ha preparado el camino para que todos los que han vivido y vivan sobre la tierra tengan la oportunidad de aceptarlas y beneficiarse con estas ordenanzas sagradas del templo.

El dar a todos esa posibilidad es el objeto y la bendición de la gran obra vicaria que se lleva a cabo en la Casa del Señor. ¡Qué maravilloso y extraordinario es que las bendiciones de las ordenanzas terrenales para los que han muerto dependan de aquellos que están en la tierra y pueden llevar a cabo la obra por los que vivieron y se han ido sin la oportunidad de escuchar el evangelio y aceptarlo! En el mundo de los espíritus, no hay compulsión para que éstos acepten las ordenanzas que se hacen por ellos; pero a nosotros sí nos apremia el Señor, de quien proviene el plan de salvación, a que les propor-

cionemos la oportunidad a los que han abandonado esta vida. El trabajo realizado de esa manera es extraordinario y a la vez único. Es una gran obra de amor, efectuada sin reservas y ofrecida generosamente.

Al observar los millones de Santos de los Ultimos Días que ofrecen sus servicios en los templos del Señor como representantes de las personas fallecidas, me maravillo y le agradezo al Todopoderoso por el camino que El trazó para bendecir a todos Sus hijos y darles la fe que se requiere para llevar a cabo esta obra sin ningún interés personal.

Las personas que realizan tan admirable servicio no esperan nada a cambio, ni siquiera reciben las gracias. Es cierto que ha habido manifestaciones de agradecimiento de parte de los que se encuentran del otro lado hacia los que están en la mortalidad, pero éstas son excepciones. Los que trabajan en los templos no están a la espera de tales manifestaciones. Hacen el servicio que efectúan con fe y conocimiento, y con la convicción que reciben por el poder del Espíritu Santo, y lo repiten día a día y año tras año. Toda clase de trabajo que se ejecuta en cualquier lugar tiene su remuneración, su compensación por el servicio rendido. Pero aunque es posible que en un lejano futuro quien ha servido en el templo como representante de una persona fallecida reciba los agradecimientos de parte de los que se beneficiaron con tal servicio, esto no es, por supuesto, lo que motiva a los hermanos que pasan horas sirviendo al Señor en su Casa, fiel y devotamente.

¡Reflexionad en lo maravilloso de esta obra! Su cumplimiento lleva el espíritu del Cristo, quien ofreció su vida para el beneficio de la humanidad, tan bien como cualquier otro servicio en el cual puedo pensar. Los que trabajan en los templos lo hacen motivados por la generosidad y el desinterés más grande que se puedan imaginar, virtudes que el mundo necesita mucho en la actualidad.

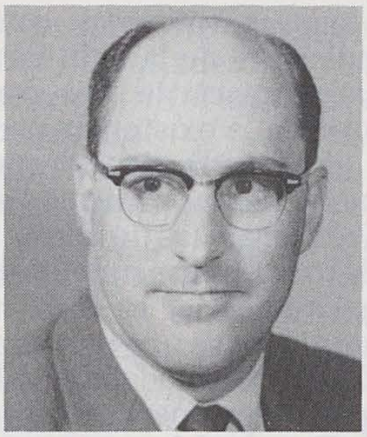
Pero como en toda obra del Señor, en ésta también hay bendiciones implicadas, tanto temporales como eternas. Con razón ha dicho el Salvador de todos los que con amor y dedicación toman parte en su obra: "El que busca salvar su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará." (Mateo 10:39, traducción de José Smith.)

Ideas para los maestros orientadores:

1. Relate una experiencia personal sobre las bendiciones de la obra en el templo. Pida a los miembros de la familia que compartan experiencias o sentimientos similares.
2. ¿Hay en este artículo otros pasajes de escritura o citas que la familia pueda leer en voz alta o analizar?
3. Analice con la familia las formas en que las ordenanzas que se efectúan en la Casa del Señor pueden afectar a los hijos de nuestro Padre Celestial en sus posibilidades de obtener la exaltación.
4. ¿En qué forma son generosas las personas que trabajan en el templo?
5. ¿Tendría más éxito la visita si hablara previamente con el jefe de familia?

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Estas respuestas se dan como ayuda y orientación para los miembros, y no como pronunciamiento de doctrina de la Iglesia.



Robert J. Matthews, Director del Departamento de Escritura Antigua de la Universidad Brigham Young.

Existe una gran disparidad entre la gente, tanto en riquezas como en talentos. ¿Igualará el Señor estas diferencias?

La gente de este mundo difiere enormemente en condiciones, muy frecuentemente debido a las oportunidades; algunos poseen talentos intelectuales, personalidades agradables, riquezas, educación o atractivo físico, mientras que otros nacen en la pobreza, con poca resistencia física, poca inteligencia u otras "desventajas".

No es posible explicar la causa específica que afecta el nacimiento de cada persona en su condición particular, o el que reciba más "ventajas" que otra. Sencillamente no contamos con el conocimiento suficiente como para entender el porqué de esta diversidad de circunstancias entre los seres humanos; pero sí sabemos que podemos beneficiarnos con algunos principios básicos eternos que nos conciernen a todos.

Primero, somos muy afortunados como miembros de la Iglesia por poseer una "perla preciosa" (Mateo 13:46) como es el evangelio. El apóstol Pablo dijo:

". . . aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor . . ." (Filipenses 3:8.)

Por lo tanto, el factor determinante consiste en si una persona vive de acuerdo con el Evangelio de Jesucristo o no. La diferencia entre ser rico o pobre en cuanto a las cosas terrenales realmente no tiene importancia comparada con la de tener las bendiciones del evangelio o no tenerlas.

Segundo, el evangelio nos enseña que la vida sobre la tierra no es el principio de nuestra existencia. Todos somos literalmente inteligen-

tes hijos espirituales de nuestros Padres Celestiales; fuimos individuos ya antes de venir a este mundo terrenal, y opinábamos, aprendíamos, actuábamos y reaccionábamos, cada uno de un modo diferente.

Definitivamente nuestra vida premortal tiene algo que ver con nuestras características personales, y para algunos, tiene algo que ver con algunas de las oportunidades religiosas que han recibido (véase Alma 13:2-11; Abraham 3:22-23).

Tercero, aparentemente nacimos en el tiempo oportuno y bajo ciertas condiciones establecidas por el Señor (véase Hechos 17:24-27; Deuteronomio 32:7-8).

Con respecto al propósito que el Señor tiene en ello, Nefi nos hace saber que El "no hace nada a menos que sea para el beneficio del mundo" (2 Nefi 26:24). No todos los dictámenes de Dios son dados a conocer a los hombres (véase D. y C. 29:30), pero podemos estar seguros de que éstos se han hecho en santidad, rectitud, justicia y misericordia. Un principio primordial que debemos recordar se halla en la respuesta que José Smith recibió del Señor, cuando oró afligido por las condiciones en que se encontraba en la cárcel de Liberty: ". . . entiende, hijo mío, que todas estas cosas te servirán de experiencia, y serán para tu bien" (D. y C. 122:7). Cuando reflexionamos sobre lo que es la eternidad, nuestras condiciones terrenales probablemente no tienen tanto significado como el de cumplir con los propósitos principales, que son: obtener un cuerpo físico, ensanchar nuestras almas, y al final, permitirnos comparar las condiciones de la vida terrenal lejos de la presencia de Dios, con las condiciones de la existencia preterrenal y la que tendremos después de la muerte, en las cuales se siguen más de cerca las vías de Dios.

El cuarto principio básico que debemos recordar es el de no envidiar a las personas que parecen tener una vida más acomodada que la nuestra. Aquello que parece ser ventajoso, tal como las riquezas terrenales, la fama, la influencia y una vida muy holgada, pueden ser en realidad pruebas muy duras. Si no se administran como se debe, tales beneficios pueden llegar a ser la causa de una caída espiritual. Por otra parte, la pobreza, las pruebas y las dificultades de la vida pueden ser bendiciones para aquellos que las tienen, aunque preferirían no tenerlas.

Por lo tanto, en este momento es importante que vivamos por la fe y la confianza y nos hagamos a la idea de que nuestra situación no es la peor. El vivir por medio de la fe y posponer unas decisiones definitivas sobre algunos problemas de la vida puede ayudarnos a desarrollar humildad, madurez espiritual y paciencia. Al presidente Abraham Lincoln (1809-1865, decimosexto Presidente de los Estados Unidos), se le atribuye el dicho de que todo lo que *sabía* de Dios lo condujo a confiar en El para aceptar todas aquellas cosas que *no sabía*.

Quinto, el evangelio nos enseña que la vida sobre la tierra es un período probatorio. Las dificultades forman parte de la vida normal en tal

período de prueba. Se progresa al vencer estas dificultades. El Señor les da a los hombres debilidades para que sean humildes (véase Éter 12:27), y también hace que todas las circunstancias puedan ser para el bien de aquellos que lo aman y guardan Sus mandamientos (véase Romanos 8:28). Nuestra situación en la vida puede ser simplemente parte de esta probación.

Erróneamente han creído algunos que todos los infortunios y/o placeres vienen directamente de Dios y que por lo tanto El es el único responsable por la condición de cada individuo. De allí creen que todas las dificultades son los resultados directos e inmediatos del pecado. Es muy triste cuando algunos miembros de la Iglesia caen en esta creencia. Con cuánta frecuencia oímos decir: "¿Qué he hecho para merecer esto?" Sin embargo el Salvador nos enseñó que la aflicción o el sufrimiento no son forzosamente el castigo del pecado (véase Lucas 13:1-5; Juan 9:2-3, 34). Y el profeta José Smith declaró que es un "principio injusto decir que tales y cuales personas han transgredido porque han sido víctimas de las enfermedades o la muerte" (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 193).

El relato de Job nos demuestra que el Señor permite que los hombres pasen por pruebas tales como la pérdida de la familia y los amigos. Pero ello no es necesariamente un castigo por el pecado, sino, como en el caso de Job, para darles experiencia. José, en Egipto, también venció grandes obstáculos, se sobrepuso a ellos, y llegó a ser mejor debido a la experiencia que logró. El alma humana puede madurar a través de las pruebas y los sufrimientos, si la persona las acepta como tales. Estas experiencias pueden tener una influencia refinadora, y ese refinamiento es un tipo de *compensación* por los problemas con los que tropezamos en la mortalidad. Las recompensas de tal madurez espiritual no solamente nos rinden beneficios en esta vida sino también en la venidera.

Finalmente veamos las palabras de Malaquías cuando se dio cuenta de los problemas que existían entre la gente de sus días:

"Habéis dicho: Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos?

"Decimos, pues, ahora: Bienaventurados son los soberbios, y los que hacen impiedad no sólo son prosperados, sino que tentaron a Dios y escaparon.

"Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre.

"Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe; y los perdonaré como el hombre perdona a su hijo que le sirve.

"Entonces os volveréis, y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve." (Malaquías 3:14-18.)

Malaquías pone en claro que las aparentes injusticias de esta vida finalmente serán solucionadas por Dios.

Sin duda alguna, lo más importante no es tanto las condiciones en que vivimos (si somos ricos, pobres, populares o no), sino *la forma en que respondemos* a tales circunstancias. Lo que pensamos y lo que hacemos acerca de ellas tiene más significado que las condiciones mismas. Como resultado de la existencia mortal por la que obtenemos un cuerpo, nos vemos en dificultades y adquirimos experiencia, lo cual puede ayudarnos a progresar hacia la vida eterna. Como Pablo dijo, los problemas de esta vida mortal no se comparan con la gloria que gozaremos en la vida venidera (véase Romanos 8:16-18). Contar con la suficiente madurez espiritual como para poder llegar a participar de dicha gloria será, sin duda, compensación de sobra a cualquier sufrimiento.

Aunque el mundo esté lleno de angustia, los cielos se obscurezcan, los relámpagos atraviesen el firmamento y la tierra tiemble desde su mismo centro, si sabemos que Dios vive y que nuestra manera de vivir es justa seremos felices y tendremos una paz indescriptible porque sabemos que nuestro Padre aprueba nuestra vida.

Presidente George Albert Smith

LA PRIMARIA

Una conversación con la Presidencia General de la Primaria, las hermanas Dwan J. Young, Presidenta; Virginia B. Cannon, Primera Consejera; y Michaelene P. Grassli, Segunda Consejera.

Editores: Hermanas, ustedes han servido como miembros de la Presidencia General de la Primaria por más de dos años y medio. ¿Qué han aprendido de la Primaria en ese tiempo?

Hermana Young: He aprendido que los niños de todo el mundo tienen más similitudes que diferencias; sus necesidades, anhelos y su deseo de aprender son los mismos. Dondequiera que voy, me maravillan la capacidad y el potencial que tienen.

Hermana Cannon: Las líderes que conocemos también tienen este gran anhelo. Algunas son hermanas nuevas en la Iglesia, y les falta experiencia o la debida capacitación; sin embargo, están ansiosas y deseosas de aprender a servir a los niños.

Hermana Grassli: A mí también me ha maravillado el interés que las hermanas líderes demuestran por los niños, quienes hoy más que nunca se ven asechados por influencias externas. La Primaria siempre ha tenido fama de maestros y líderes dedicados.

Editores: Hermana Young, ¿cuál considera usted que es el propósito de la Primaria?

Hermana Young: El propósito de la Primaria es enseñar el Evangelio de Jesucristo a los niños por medio de instrucciones religiosas, y brindarles oportunidades para que participen en diversas actividades.

Editores: ¿Cree que se está cumpliendo este ideal?

Hermana Young: Diría que la primera parte, la de enseñar el evangelio, es una meta que, en general, se está cumpliendo. Necesitamos alentar a las líderes y maestros de la Primaria a trabajar con más ahínco en lo que respecta a las actividades. Después de todo, es por medio de las actividades que los niños pueden poner en práctica lo que aprenden durante las lecciones.

Por ejemplo, los días domingo tenemos el programa "Tiempo para compartir", durante el cual los niños de una clase en particular pueden dar presentaciones al resto de la Primaria. Esperamos que por lo menos la mitad del "Tiempo para

compartir" se utilice para presentaciones de las diferentes clases, de manera que los niños puedan enseñarse mutuamente lo que hayan aprendido.

Hermana Grassli: Los niños pueden aprender a poner en práctica varios aspectos del evangelio por medio de su participación en los días de actividades que se programan cuatro veces al año. Las actividades pueden ser diversas, desde ferias de aptitud física en las que se hace hincapié en la importancia de la Palabra de Sabiduría, hasta proyectos de servicio, donde aprenden a dar de sí mismos.

Editores: ¿Cómo pueden los padres ayudar a sus hijos a aprovechar más de las experiencias que tienen en la Primaria?

Hermana Young: Yo sugiero que cuando la familia regresa de sus reuniones dominicales, los padres pregunten a cada niño, en forma individual: "¿Qué aprendiste hoy en tu clase de la Primaria?" Si uno de mis hijos continuamente diera indicios de no haber aprendido nada, yo iría a hablar con su maestra, y también con la presidenta de la Primaria para descubrir qué está sucediendo en esa clase. Como madre, me cercioraría de que se les está enseñando a mis hijos una lección semanal, y que ellos tienen la oportunidad de participar en tal lección.

Hermana Cannon: Creo que una de las cosas más importantes que podemos hacer por nuestros hijos es fortalecer en el hogar las enseñanzas que reciben en sus clases de la Primaria. Los niños se fortifican espiritualmente cuando las experiencias que tienen en la Iglesia y en el hogar van mano a mano.

Editores: Ahora que la Iglesia ha estado utilizando el Programa Dominical Integrado por casi tres años, ¿se sienten ya más cómodos los maestros de la Primaria con respecto a tener que ausentarse de la Sociedad de Socorro, la Escuela Dominical y el sacerdocio?

Hermana Grassli: La mayoría sí. Hemos visto cómo los maestros descubren que al trabajar en la Primaria, no sólo reciben bendiciones por el servicio que prestan, sino que también reciben bendiciones personales que redundan en su crecimiento espiritual.

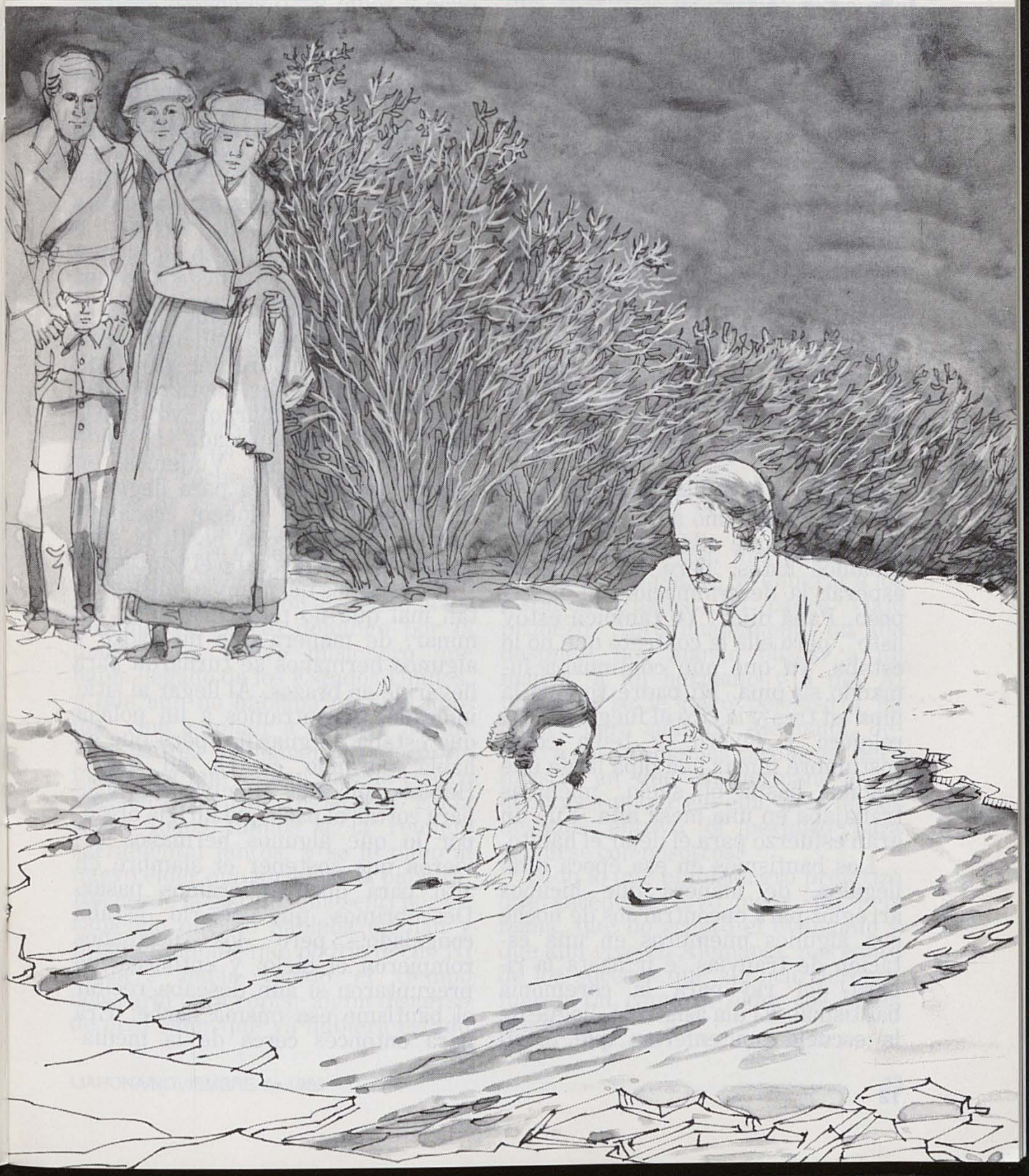
Hermana Cannon: El enseñar en la Primaria es un servicio tan esencial que, si los maestros pueden tan sólo darse cuenta de la importancia de este servicio, aprenden a no preocuparse tanto por las cosas que tal vez se estén perdiendo en otras reuniones.

Hermana Young: Como miembros de la presidencia, les decimos a las hermanas que sirven en la Primaria: Esperamos que asistan a las reuniones de ciencia del hogar de la Sociedad de Socorro que se llevan a cabo durante la semana, esperamos que sean maestras visitantes, que brinden servicio caritativo y que se esfuercen de ir al templo; pero los días domingos su asignación es la Primaria, y es allí donde deben estar presentes.

Durante años, ha habido muchos poseedores del Sacerdocio de Melquisedec que no han podido asistir a las reuniones de su quórum por estar enseñando al Sacerdocio Aarónico, y sospecho que ellos han disfrutado del tiempo y la oportunidad que esta experiencia les ha brindado de servir a la juventud y guiarlos en su desarrollo espiritual. La Primaria es la oportunidad que tanto hombres como mujeres de la Iglesia tienen para servir.

LO CALIDO DE UN BAUTISMO EN INVIERNO

Por Hildegard Hahl **Ilustrado por Keith Christensen**



Mis padres investigaron la Iglesia en Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Aunque no había misioneros en el país en ese entonces, mi madre se enteró del mensaje del evangelio por medio de una prima mía, mayor que yo, que había sido repudiada por su familia a raíz de su conversión a la Iglesia. Mi padre permitió que mamá asistiera a las reuniones y que nos llevara a mi hermano y a mí; sin embargo, él no quiso tener nada que ver con el asunto. Entonces, uno de sus compañeros de trabajo le obsequió un ejemplar del Libro de Mormón y le habló de la Iglesia. Papá leyó el libro, estudió el evangelio, y comenzó a asistir a la Iglesia con nosotros.

Cuando el presidente de rama le sugirió el bautismo a mi madre ésta le contestó que ella y los niños estábamos listos, pero que deseaba esperar la determinación de su esposo. Papá dijo: "Yo también estoy listo", pero ella le contestó que no lo estaba, ya que aún continuaba fumando su pipa. Mi padre rompió la pipa en tres y la tiró al fuego. Él era relojero y joyero, y tenía como costumbre fumar una pipa larga que llegaba hasta el suelo, mientras trabajaba en una mesa alta. Fue un gran esfuerzo para él dejar el hábito.

Los bautismos en esa época eran ilegales, de manera que hicimos arreglos para encontrarnos de noche con algunos miembros en una estación de tranvías, e ir hasta la ribera del río para la ceremonia bautismal. El día asignado, llegué de la escuela tan enferma que ni siquiera pude cenar. Cuando llegó el momento de partir, me había empeorado y mi madre me dijo que debía esperar y ser bautizada más adelante. Sin embargo, yo insistí que deseaba ser bautizada ya, y que no esperaría más. Viajamos en tranvía por una hora para llegar al río Chemnitz, y luego cruzamos caminando el parque hasta el sitio donde se llevaría a cabo el bautismo.

Caminamos de regreso a la estación de tranvías cantando himnos de loor a nuestro Padre Celestial.

Al apearnos del tranvía, me sentía tan mal que no podía hablar ni caminar, de manera que mi padre y algunos hermanos se turnaron para llevarme en brazos. Al llegar al sitio indicado, encontramos a un policía que estaba de guardia, pero que se había dormido contra un árbol. Habían colocado alambre de púas para cortar el paso que dirigía al río, por lo que algunos hermanos tuvieron que sostener el alambre en alto para que pudiéramos pasar. Descubrimos que el río estaba congelado, pero los hermanos rompieron el hielo; y entonces me preguntaron si aún deseaba recibir el bautismo esa misma noche. Era para entonces cerca de la media-

noche. Asentí con la cabeza, porque aún no podía hablar, y fui la primera de once personas (tres niños y ocho adultos) en ser bautizada. Debe de haber sido el impacto del agua fría, pero, al ser sumergida, sentí como si un cascarón grueso se desprendiera de mí. Después de la ceremonia pude subir a la ribera sola, y entonces me sentí bien. Mi madre y algunas hermanas me ayudaron a secarme y a vestirme. Después me senté en una pequeña silla desarmable para ser confirmada.

Al finalizar la ceremonia bautismal, regresamos de la misma manera que habíamos llegado, caminando por un sendero angosto, cruzando el alambre de púas, y pasando junto al policía que seguía dormido. Una brillante luna convertía la noche casi en día, y caminamos de regreso a la estación de tranvías cantando himnos de loor a nuestro Padre Celestial.

Poco después de haber concluido la guerra, regresaron a Alemania los misioneros. Cierto domingo por la mañana un nuevo misionero que había llegado de los Estados Unidos, y que aún no hablaba nuestro idioma, vino a comer a nuestro hogar. Mis padres hablaban un poco de inglés, ya que habían pasado cuatro años en Liverpool, Inglaterra. En la tarde todos fuimos a la reunión sacramental juntos, y se le pidió al nuevo élder que dirigiera la palabra. Recuerdo la lástima que sentí por él, sabiendo que no hablaba alemán y preguntándome qué podría decir. Ni siquiera había tenido el tiempo necesario para copiar algún discurso de otro élder que ya hubiera estado en el país por más tiempo.

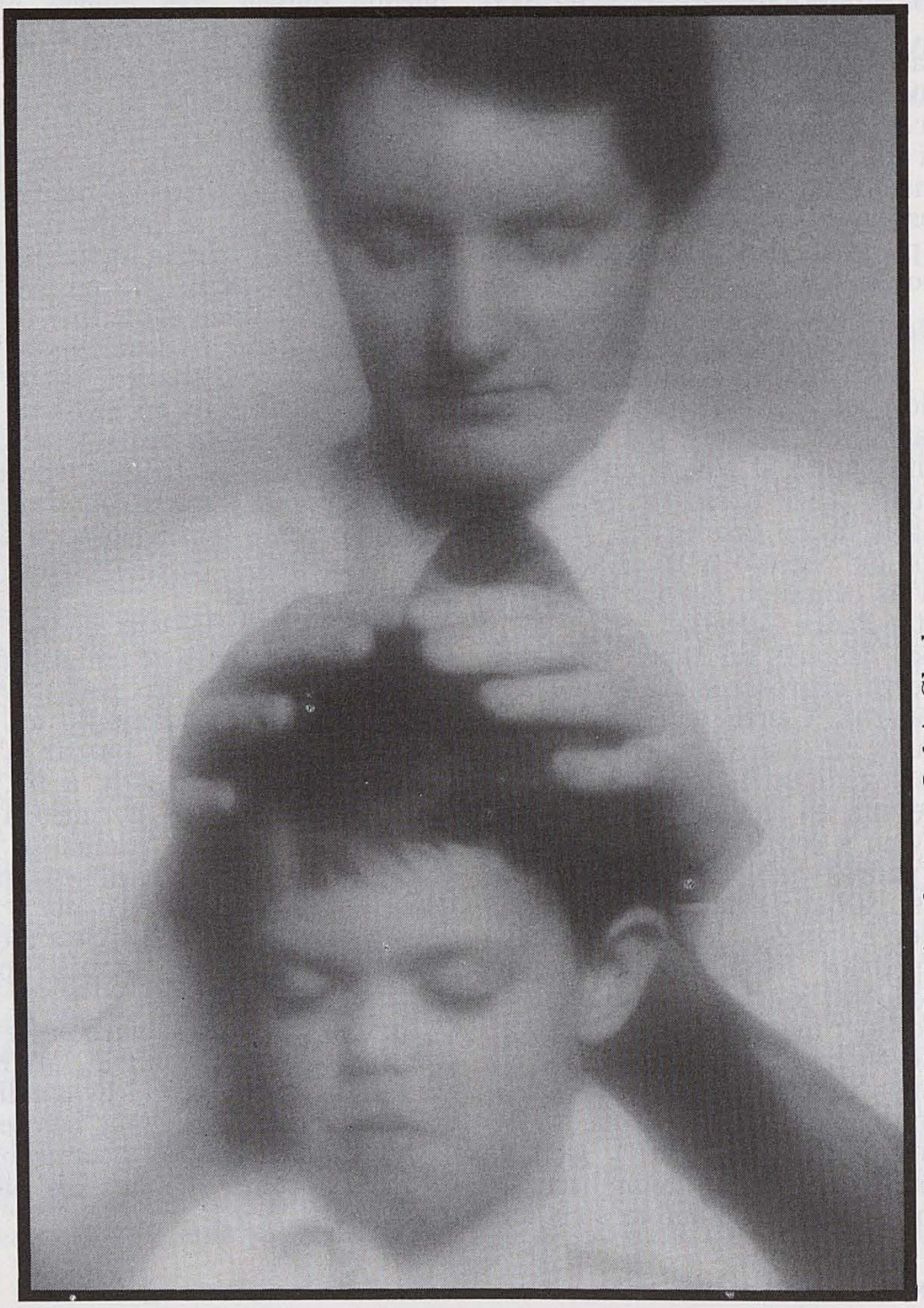
Sin embargo, habló por más de una hora. Les dijo a los santos que viajaran a los Estados Unidos, porque habría otra guerra en el futuro que sería peor que la que recientemente había acabado. Estas noticias eran terribles para nosotros, porque el sufrimiento de la reciente guerra aún estaba muy presente en nuestras memorias. Al regresar a casa, le pregunté a mis padres en qué idioma había hablado el misionero; sabía que no era alemán pero también sabía que no era inglés porque yo no comprendía este idioma y sin embargo había entendido cada una de las palabras que el misionero había pronunciado. Mi padre me dijo que nunca debía olvidar aquella experiencia, porque probablemente nunca volvería a oír algo semejante: el élder había hablado en lenguas.

Desde aquel día, mis padres hablaron de sus planes de emigrar a los Estados Unidos. Mi padre viajó primero. Aproximadamente un año después, nos mandó buscar a mi madre, a mi hermano y a mí. Al principio se le negó permiso a mi madre para salir de Alemania, debido a sus problemas cardíacos, pero insistió en que mi hermano y yo debíamos viajar sin ella. Seis meses después obtuvo el permiso para reunirse con nosotros.

Todo lo que el misionero profetizó que sucedería tuvo lugar. Mi hermana, que no aceptó el evangelio y que aún vive en Alemania, nos contó de los sucesos que allí ocurrieron y fueron tal como el élder los había predicho.

AL DAR BENDICIONES DEL SACERDOCIO

por Dennis L. Lythgoe



Fotografía por Eldon K. Linschoten y Jed A. Clark

Los poseedores del Sacerdocio de Melquisedec tienen el privilegio y la autoridad de participar en la ordenanza del sacerdocio de bendecir a los enfermos.

"¿Está alguno enfermo entre vosotros?" escribió Santiago. "Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor."

A la par de la autoridad, no obstante, viene la gran necesidad de actuar por medio de la fe y la inspiración:

"Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará . . ." (Santiago 5:14-15.)

La fe, la inspiración y la autoridad son todas esenciales al dar bendiciones del sacerdocio.

Una vez escuché al élder Matthew Cowley, un Apóstol de nuestro siglo, contar el relato de una bendición solicitada por el padre de un recién nacido en Nueva Zelanda. Cuando estaba a punto de empezar, el padre del niño, un maorí, le dijo: "Al darle el nombre, por favor, déle también la vista ya que nació ciego".

"Me sentí abrumado", dijo el élder Cowley. "Dudé, pero sabía que dentro de aquel polinesio existía la simple fe de un niño, una fe que no estaba opacada por la sicología ni la sabiduría de los hombres, sino una fe sencilla en Dios y en las promesas que El ha hecho por medio de su Hijo Jesucristo. Le di el nombre al niño y finalmente me armé de suficiente valor para bendecirlo con la vista.

". . . Lo vi hace pocos meses. Ahora tendrá seis o siete años, corre por todos lados y puede ver tan bien como yo."

Una experiencia de gran influencia en mi propia vida tiene que ver con una excelente hermana maorí, también de Nueva Zelanda, mientras servía una misión en ese lugar. Estando enferma de gravedad la llevaron al hospital para ser sometida a una operación; yo dudaba de que sobreviviera, debido a su excesivo peso y a su avanzada edad.

Me pidió que la bendijera y me dijo:

—¡Elder, sé que me pondré bien si usted me da una bendición!

Sentí profundamente la responsabilidad que tenía y oré al lado de su cama antes de dársela. Entonces recibió una bendición que nos sorprendió tanto a mi compañero como a mí, por ser tan positiva; y me preocupé, pues temí que me hubiera dejado llevar por mis propios deseos de verla recuperada. Pero ella me tomó de las manos y me dijo:

—Gracias, élder. Lo veré el próximo domingo en la capilla.

No le creí; sin embargo, la operación fue un éxito, la recuperación total, y la hermana en verdad asistió a la reunión de testimonios el siguiente domingo. Aunque físicamente débil, se levantó para agra-

decer al Señor elocuentemente por haberla ayudado en aquel momento crucial. En esta circunstancia su fe jugó un papel preponderante en la bendición.

Sin embargo, es importante que recordemos que a veces los deseos del Señor son diferentes de los nuestros. Como agentes suyos en el cumplimiento de deberes del sacerdocio, es esencial que seamos receptivos a su inspiración. Un misionero que conocí tuvo una experiencia muy significativa al dar una bendición. Estaba trabajando en un proyecto de remodelación de una capilla en Nueva Zelanda cuando el presidente de la rama, que hacía algunas reparaciones en el techo, perdió el equilibrio y se estrelló contra el pavimento. Inmediatamente, el misionero corrió a su lado y pronunció una expresiva oración prometiéndole la vida y la completa restauración de la salud. Minutos más tarde, el presidente de la rama falleció.

Sumamente desilusionado, el misionero fue a su apartamento y antes de irse a la cama escribió tres cartas: una al presidente de la misión, una al obispo y la otra al Presidente de la Iglesia. Las cartas resumían su desencanto con el sacerdocio y su intención de abandonar el servicio misional. Después de preocuparse, luchar y orar a intervalos durante toda la noche, gradualmente llegó a comprender que se había cumplido la voluntad del Señor y que él necesitaba buscar seriamente la inspiración y la guía del Señor antes de efectuar cualquier ordenanza.

En cierta ocasión yo actué con la misma precipitación; cuando mi esposa, Marti, empezó a experimentar problemas al principio de su embarazo, al instante le di una bendición enérgica y positiva prometiéndole que su salud sería protegida y que el niño viviría. Tan pronto como terminé, supe que había actuado incorrectamente y que el feto en realidad ya había muerto.

Después de ayunar y orar, solicité a otro poseedor del sacerdocio que me ayudara a darle una segunda bendición. Esa vez escuché atentamente la guía del Señor y no pude prometer que nuestro hijo viviría, sino más bien que Marti sería la madre de otros niños saludables. El niño no sobrevivió, pero ahora tenemos cuatro hijos en cumplimiento de la bendición. Aunque la segunda vez no dije lo que hubiera deseado decir, tanto mi esposa como yo disfrutamos de la paz que se recibe por medio del consuelo del Espíritu.

El presidente Spencer W. Kimball ha explicado la relación existente entre seguir la voluntad de Dios y efectuar la ordenanza de bendecir a los enfermos:

"El Señor nos asegura que los enfermos serán sanados si se efectúa la ordenanza, si hay suficiente fe y si el enfermo 'no estuviera señalado para morir' (véase D. y C. 42:44-48). Hay entonces estos tres factores que deben cumplirse: muchos no llevan a cabo la ordenanza, gran número de personas no tienen el deseo o son incapaces de ejercer suficiente fe; pero el otro factor es también de gran importancia: 'Si no estuvieren señalados para morir'.

"El poder del sacerdocio es ilimitado; sin embargo, sabiamente el Señor ha colocado sobre cada uno de

nosotros ciertas limitaciones. Yo puedo desarrollar el poder del sacerdocio al perfeccionar mi vida, pero estoy agradecido de que aun por medio de ese poder no puedo sanar a todos los enfermos, pues entonces podría sanar a personas que deben morir y aliviar el sufrimiento de los que deben sufrir. Y temo que eso frustraría los propósitos de Dios."

Es importante, por lo tanto, que cuando seamos llamados a dar una bendición del sacerdocio, no lo hagamos solamente con fe en el poder del Señor, sino también con un deseo sincero de recibir su inspiración y de saber su voluntad, para que luego, al recibir su guía, procedamos a obedecerla.

Algunos poseedores del sacerdocio que he conocido, al carecer de experiencia en asuntos espirituales o al no discernir la inspiración, dudan en dar una bendición por temor a cometer un error o decir cosas equivocadas; otros se limitan a ofrecer una oración en lugar de dar la bendición del sacerdocio. No obstante, es natural que sea necesario tanto *orar* como recibir *inspiración* de nuestro Padre Celestial, ya que ambos aspectos son indudablemente elementos del proceso de comunicación con El, así como el intercambio de nuestra fe con la inspiración divina, y en esa medida son apropiados en la administración de bendiciones del sacerdocio.

Es fácil entender que a veces nos sintamos inadecuados para la tarea. Pero si poseemos el Sacerdocio de Melquisedec y somos dignos, tenemos la responsabilidad de usarlo; sin embargo, nuestra primera preocupa-

Además de la necesidad de bendecir a los niños cuando se encuentran enfermos, también las necesitan cuando están preocupados por . . . muchos otros problemas.

ción debe ser buscar la ayuda del Señor por medio de la oración humilde *antes* de dar la bendición.

Entonces, es muy importante comprender que la administración a los enfermos, la cual es una ordenanza del sacerdocio, difiere de la oración en varios puntos fundamentales. Es una ordenanza efectuada por la autoridad del sacerdocio, la cual es el poder de Dios para actuar en su nombre. Esto significa que el Señor nos permite *actuar por El*, usando Su poder, cuando somos guiados para hacerlo. La oración, por supuesto, es una manera eficaz de comunicarse con el Señor que, además, puede hacer que ocurran muchos milagros; pero el Señor mismo nos permite administrar a los enfermos por medio del poder del sacerdocio y nos concede favores apropiados en cuanto al uso de dicho poder. Este ensancha el círculo de administración hasta incluirlo a El, quien prometió: ". . . donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos." (Mateo 18:20.)

Como poseedores del sacerdocio tenemos muchas oportunidades de efectuar administraciones en favor de los enfermos. Podemos acudir al llamado del presidente del quórum y pasar una tarde en un hospital administrando a los que allí se encuentran, o ir al lado de un miembro del barrio agobiado por la enfermedad. Pero el lugar más importante para ejercer el sacerdocio es en nuestro propio hogar. Nuestra familia a menudo tiene necesidades en tiempos de enfermedad, desánimo, o depresión que podrían requerir bendiciones de inspiración.

Además de la necesidad de bendecir a los niños cuando se encuentran enfermos, también las necesitan cuando están preocupados por recibir la aceptación de su grupo social, la presión de sus amigos, las malas notas en los estudios, un desacuerdo con el maestro, y muchos otros problemas. Por la inspiración que pueda obtener en favor de sus hijos en los primeros años de la vida de éstos, el padre puede desarrollar un sentimiento de seguridad y confianza con ellos que durará a través de los años y les ayudará a mantener una familia fuerte y unida. Un hijo que recuerda el sincero interés espiritual de su padre en tiempos de dificultad puede estar más dispuesto a confiar en él cuando se trata de asuntos más críticos. Los hijos también necesitan la inspiración de la bendición de su padre antes de los mayores acontecimientos de su vida, tales como la misión, el servicio militar, el ingreso a la universidad y el matrimonio. (En estas bendiciones de consuelo y consejo no se usa el aceite.)

En cuanto a las administraciones, he tenido oportunidades de bendecir a mis propios hijos bajo circunstancias traumáticas. Una de estas experiencias ocurrió una noche cuando nuestro hijo mayor, Darrin, sufría de un fuerte dolor de oídos que lo tuvo gritando debido a la intensidad del dolor, pero inmediatamente después de recibir una bendición dio muestras de alivio y se durmió, obviamente agotado.

A la mañana siguiente lo llevamos al pediatra, quien nos hizo saber que el tímpano se le había reventado durante la noche, evitando la posibilidad de una infección seria y aliviándole el dolor. Nos quedamos asombrados porque sabíamos exactamen-

te cuándo había ocurrido aquello. Debido a que existía el peligro de que el oído le quedara dañado permanentemente, el doctor nos aconsejó que lo lleváramos a un especialista de oídos después que la medicación hubiera curado la infección.

Cuando lo llevamos al especialista, semanas más tarde, nos sorprendimos al saber que éste no pudo encontrar ninguna afección en el oído de Darrin, y al oírle decir que el tímpano estaba en perfectas condiciones, sin señal alguna de lesión. Esta fue para nosotros una experiencia sagrada que nos enseñó de una manera directa y especial el poder del Señor y la eficacia de las bendiciones del sacerdocio.

El Señor ha prometido que nuestra confianza "se hará fuerte en la presencia de Dios" (D. y C. 121:45). Con la confianza inspirada por El, podemos ejercer la autoridad que el Señor nos ha dado y encontrar oportunidades para ejercerla de manera positiva y por medio de la oración.

Hablad al respecto

Después de leer el artículo, quizás desee comentar algunas de las preguntas, en forma individual o como grupo familiar, aprovechando un período de estudio del evangelio con su familia.

1. ¿Qué papel tiene la oración en las administraciones del sacerdocio? ¿Qué papel tiene la fe?
2. ¿Por qué es importante "buscar seriamente la inspiración y la guía del Señor" antes de efectuar una ordenanza del sacerdocio?
3. ¿Sabe de alguien que haya recibido una bendición del sacerdocio para la restauración de su salud pero que no se recupere? ¿Qué luz nos brindan en tales casos las palabras del presidente Spencer W. Kimball, citadas en este artículo?
4. ¿Ha recibido alguna vez una bendición de consuelo o de consejo? ¿Cómo se sintió en ese momento? ¿Qué experiencias en su familia serían motivo para una bendición de este tipo?

Soy un firme creyente en el matrimonio y considero que es el modelo ideal de vida entre los seres humanos; sé que fue ordenado por Dios y que toda restricción dentro de este vínculo ha sido impuesta para proteger nuestra propia felicidad.

Elder Boyd K. Packer

"¿ME AMAS MAS QUE ESTOS?"

por Celestia Whitehead

Yo era una joven madre de cinco niños, todos menores de seis años. Mi esposo, Van, acababa de finalizar su primer año en la facultad de abogacía. Vivíamos de acuerdo con el evangelio y nos considerábamos muy bendecidos por el Señor, pues nuestra vida matrimonial estaba libre de la adversidad. Mi vida giraba alrededor de mi familia, y aunque me encantaba mi papel de esposa y madre, algunas veces pensaba que estaba tan envuelta en mis tareas diarias de ama de casa que a mi existencia le faltaba fuerza espiritual; pero no sabía qué podía hacer para lograrla. Siempre tratábamos de expresar la gratitud que sentíamos por las bendiciones que recibíamos. Pero no habiendo aflicciones, ¿cómo puede apreciar uno cuán verdaderamente bendecido es?

La enseñanza de Lehi y Jacob en la que le dijo que debe haber oposición en todas las cosas pronto cobraría un nuevo significado en mi vida. Ahora sé que se requiere la oposición, el sufrimiento y la adversidad para hacernos despertar a la realidad de aquello que realmente tiene valor en la vida. También he llegado a comprender que una de las más grandes lecciones que se aprenden de la tribulación es la de aprender a aceptar la voluntad del Señor y a depender totalmente de El.

Hacía algún tiempo que sufría mareos, náusea, pérdida del equilibrio y otros síntomas igualmente perturbadores. Por entonces estaba yo amamantando a nuestro hijo menor, y Van se preparaba para sus exámenes finales del año; era un momento terrible para enfermarme, pero tuvimos que enfrentar la realidad de que estaba enferma y debíamos hacer algo al respecto.

El doctor me examinó y me mandó a un neurólogo, quien inmediatamente me hizo internar en el hospital para algunos exámenes. Estos fueron dolorosos y me dejaron con intensos dolores de cabeza y náusea. Muchas fueron las veces en que tuve que orar suplicando alivio y fortaleza para soportar el sufrimiento, y la rápida respuesta que recibí me sorprendió y me llenó de humildad. Los médicos nos habían hablado de la posibilidad de un tumor, lo cual nos había alarmado un poco; pero Van y yo habíamos imaginado ingenuamente que se trataría de algo sencillo y operable, y que en poco tiempo estaría completamente bien. No puedo describir lo que sentí cuando el neurólogo entró en mi cuarto una mañana, con un aspecto sumamente preocupado y grave, y me dijo que habían encontrado un tumor cerebral y que era inoperable. Se trataba de algo muy serio porque, según le explicó a mi esposo, era imposible hacer la operación y probablemente fuera maligno. Nos quedamos apabullados. De pronto, todo nuestro optimismo se desvaneció y el futuro pasó a ser muy sombrío.

Yo pensaba constantemente en todas las razones por las que *no*

TEMPLO DE SUIZA

SESIONES E IDIOMAS

CALENDARIO PARA 1983

En 1983, como en los años anteriores, a cada área de idioma dentro del Distrito del Templo de Suiza se li asignará varias semanas en el templo. Una "Semana del Templo" se programa entre martes y viernes, ambos inclusives. En cada uno de estos cuatro días habrá tres sesiones de endowment. Los sábados habrá un programa mensual fijo. El templo estará cerrado todos los lunes. En 1983 comienza la primera sesión del martes el día 4 de enero.

HORAS DE ENTRADA

Sesión A	desde las 6:55 hasta las 7:20	Asistencia limitada a 200 personas por sesión.
Sesión B	desde las 9:40 hasta las 10:00	
Sesión C	desde las 12:50 hasta las 13:10	
Sesión D	El viernes antes del 2° sábado del mes: 17:00h–17:20h	

En el 1°, 4° y 5° sábados de cada mes todas las sesiones serán en alemán.
El 3° sábado todas las sesiones serán en francés.
El 2° sábado, las primeras dos sesiones serán en inglés, la 3° será en alemán.

SEMANAS DEL TEMPLO

Fecha		Idioma	Región
ENE	4– 7	Fin	Finlandia
	11–14	It	Italiana
	18–21	Al	Hamburgo
	25–28	Al	Frankfurt
FEB	1– 4	Fr	Norte de Francia
	8–11	Sue	Suecia Central
	15–18	Al	Stuttgart/Parte: (Munich, Stuttgart)
	22–25	Esp	España
MAR	1– 4	Al	Frankfurt
	8–11	Ing	Militares S.U.D.
	15–18	Fr	Sur de Francia
	22–25	Dan	Dinamarca
MAR	29– 1	It	Italiana
APR	5– 8	Fr	Norte de Francia

Fecha		Idioma	Región
JUN	28– 1	Al	Stuttgart/Parte: (Munich, Stuttgart)
JUL	5– 8	Al	Frankfurt
	12–15	Fr	Norte de Francia
	19–22	Dan	Dinamarca
	26–29	Esp	España
AGO	2– 5	Al	Viena/y Parte de Stuttgart: (Viena, Berna, Zürich)
	9–12	Al	Hamburgo
	16–19	Sue	Suecia Central
	23–26	Por	Lisboa, Portugal
AGO	30– 2	Al	Stuttgart/Parte: (Munich, Stuttgart)
SEP	4–26		Cerrado
	27–30	Hol	Holandesa
OCT	4– 7	Al	Hamburgo
	11–14	It	Italiana

	22–25	Dan	Dinamarca
MAR	29– 1	It	Italiana
APR	5– 8	Fr	Norte de Francia
	12–15	Fin	Finlandia
	19–22	Al	Hamburgo
	26–29	Al	Viena/y Parte de Stuttgart: (Viena, Berna, Zürich)
MAY	1– 9		Cerrado
	10–13	Hol	Holandesa
	17–20	Al	Frankfurt
	24–27	Sue	Suecia Central
MAY	31– 3	Al	Hamburgo
JUN	7–10	Fr	Sur de Francia
	14–17	It	Italiana
	21–24	Fin	Finlandia

SEP			(Munich, Stuttgart)
	4–26		Cerrado
	27–30	Hol	Holandesa
OCT	4– 7	Al	Hamburgo
	11–14	It	Italiana
	18–21	Fr	Sur de Francia
	25–28	Al	Frankfurt
NOV	1– 4	Fr	Norte de Francia
	8–11	Ing	Militares S.U.D.
	15–18	Fin	Finlandia
	22–25	Sue	Suecia Central
NOV	29– 2	It	Italiana
DIC	6– 9	Al	Viena/y Parte de Stuttgart: (Viena, Berna, Zürich)
DIC	13–16	Dan	Dinamarca
ENE	18– 2		Cerrado

ENDOWMENTS Y SELLAMIENTOS PARA UNO MISMO

Los miembros que desean recibir su propio endowment (investidura) deben planear su visita al Templo de tal modo que puedan estar allí el martes, antes de las 7 de la mañana, en la Semana del Templo que corresponde a su idioma.

Los misioneros que han recibido su llamamiento por escrito, pueden recibir su propio endowment en cualquiera de las Sesiones B o C. Deberán de estar en la puerta del templo dos horas antes del tiempo indicado arriba en el horario de las Sesiones B y C. Deben hacer planes parea asistir en varias sesiones.

Se ruega que las parejas de recién casados programen su fecha de casamiento para que puedan ir al templo lo más pronto posible después de su matrimonio civil, para así poder ser sellados. Deben de traer su certificado de matrimonio (libro de familia). En los casos cuando hay hijos para sellar a los padres, se debe traer una hoja de Grupo Familiar, completamente llenada en todo detalle, escrita a máquina. Si hay hijos adoptivos, se deben traer los documentos de adopción. Todos los pedidos para hacer reservaciones de alojamiento, o para el hostal o para casas particulares, deben tramitarse a tavés del presidente de la estaca/misión o el que haya sido asignado "coordinador del viaje al templo", en las hojas especiales para alojamiento, y eta hoja debe ser remitida al templo por el presidente de la estaca/misión con dos semanas de anticipación. El grupo para bautismo debe estar presente en el Hostal la noche anterior al dia que se realizarán los bautismos.

SWISS TEMPLE
CH 3052–Zollikofen,
Tempelstrasse 4

De amigo a amigo

El élder Angel Abrea entrevistado por Joleen Meredith

Fui bautizado miembro de la Iglesia cuando tenía diez años, junto con mi madre y hermano. Vivíamos en ese entonces en Buenos Aires, Argentina, cuando un día dos misioneras fueron al almacén de mi padre'', recuerda el élder Abrea.

''Mi padre tenía un negocio de productos lácteos, y cinco o seis carros de reparto, tirados por caballos; y a veces yo le ayudaba a distribuir.

''Recuerdo que una de las primeras canciones que aprendí en la Iglesia fue 'Cristo me manda que brille'. La cantaba todos los días; inclusive, mi padre se cansó de oírme cantar esa canción.

''Cierto día fui a dejarle leche a una clienta. La señora me oyó cantar esa melodía y me preguntó:

—¿Qué estás cantando?

—'Cristo me manda que brille' —le contesté.

—Y eso, ¿qué es?

—Uno de los himnos que cantamos en nuestra Iglesia.

—Y, ¿a qué iglesia perteneces?

—A La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días.

—Nunca he oído hablar de ella. ¿Tienen otro nombre?

—Sí, la Iglesia Mormona.

—Cuéntame algo de tu iglesia."

El élder Abrea concluyó su relato diciendo que después de dos semanas la señora y su familia comenzaron a asistir a la Iglesia. Esta fue su primera experiencia misional.

"Debo agradecer a mi madre por mi conversión. Las misioneras le dieron un Libro de Mormón y algunos folletos para que leyéramos y nos explicaron muchas cosas que no comprendíamos. Yo solía leer con mi madre y disfrutaba mucho haciéndolo. Ella ha sido siempre muy activa en la Iglesia y ha enseñado en la Primaria por más de 25 años. Mi hermano también es muy activo y es obispo en Buenos Aires."

Le pedí al élder Abrea que me contara sobre algunas de las maestras especiales que tuvo en la Primaria o en la Escuela Dominical. Me dijo:

"Cuando fui bautizado en Buenos Aires, había ocho jóvenes muy activas en la Iglesia. Todos las conocían. Dos eran las misioneras que habían enseñado a nuestra familia, dos mis maestras en la Primaria, y las demás me enseñaron en la Escuela Dominical. Todas, de una manera u otra, fueron un ejemplo en mi vida. Aún utilizo muchas de sus enseñanzas en mis discursos."

Hablando de la oración, el élder Abrea dijo:

"Yo sé que mis oraciones han sido contestadas muchas, muchas veces. Una de las primeras veces que recuerdo fue durante una experiencia que tuve cuando tenía once años. Mi padre también vendía en su almacén una variedad de grano que debía ser molido para alimentar el ganado. Un día él tenía un compromiso y no pudo terminar de moler el grano, entonces yo le dije que me lo dejara a mí; que yo terminaría la tarea. El contestó que pensaba que era demasiado pequeño para hacerlo bien.

—Pero, papá —le dije, insistiendo—, confía en mí. Yo puedo hacerlo.

—Bueno —dijo, y decidió darme la oportunidad.

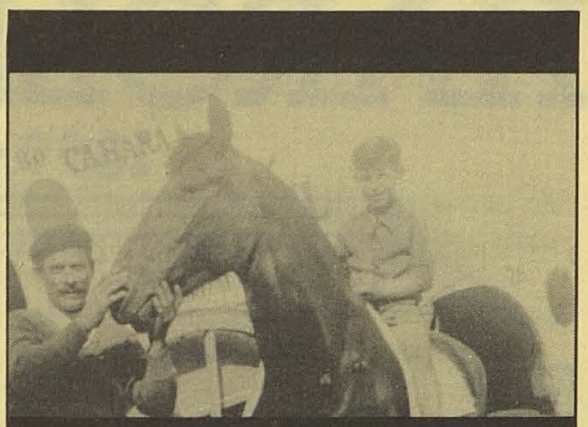
"Comencé a poner granos en la moledora; el trabajo requería cuatro o cinco horas. Todo marchó bien, hasta que la máquina se trabó. Yo sabía que debía sacar una pieza de la moledora y colocarla en su lugar otra vez, y así la máquina funcionaría. De manera que la saqué, pero no pude volver a ponerla en su lugar; y comencé a llorar porque no quería desilusionar a mi padre.

"Aunque sólo hacía seis meses que me había convertido a la Iglesia, recordé una de las canciones que había aprendido en la Primaria; y llorando todavía, me arrodillé y dije: 'Padre, necesito tu ayuda. En el nombre de Jesucristo. Amén.' Entonces me levanté, fui a la máquina y volví a intentar poner la pieza en su lugar, y logré hacerlo.

"La próxima reunión de testimonios a la que asistí fue la primera vez en que di mi testimonio públicamente. En pocas palabras conté la experiencia que había tenido con la oración y me senté. Yo sé que el Señor oye y contesta nuestras oraciones.

"He visto muchos cambios en Argentina desde que soy miembro de la Iglesia. Fui presidente de rama cuando se edificó la primera capilla en

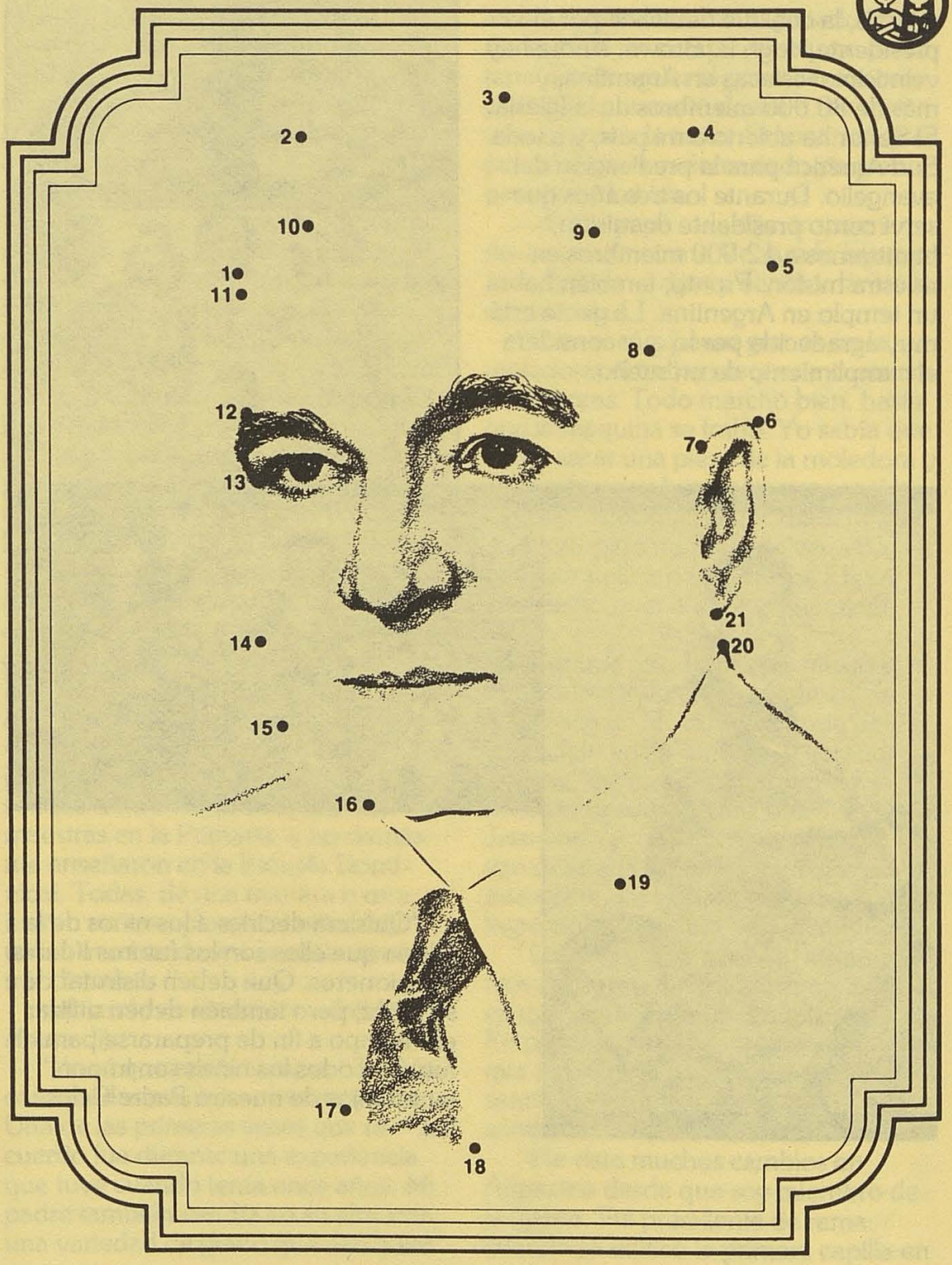
mi país, la cual fue dedicada por el presidente Hugh B. Brown. Ahora hay veinticinco estacas en Argentina, y más de 80.000 miembros de la Iglesia. El Señor ha abierto a mi país, y a toda Sud América para la predicación del evangelio. Durante los tres años que serví como presidente de misión, bautizamos a 12.000 miembros en nuestra misión. Pronto, también habrá un templo en Argentina. La gente está muy agradecida por lo que considera el cumplimiento de un sueño.



"Quisiera decirles a los niños de la Iglesia que ellos son los futuros líderes y misioneros. Que deben disfrutar de su niñez, pero también deben utilizar ese tiempo a fin de prepararse para el futuro. Todos los niños son importantes hijos de nuestro Padre Celestial."

HAROLD B. LEE

1899 - 1973



El presidente Harold B. Lee nació el 28 de marzo de 1899, en una pequeña granja de Clifton, estado de Idaho. Empezó la carrera docente cuando tenía 17 años y a los 18 llegó a ser director de una modesta escuela. Más tarde, después de graduarse en la Universidad de Utah, fue director de dos escuelas en el distrito de Salt Lake, estado de Utah.

Su afición por el estudio creció debido a que su madre le inculcó el amor a la lectura y lo animaba constantemente para que leyera buenos libros.

"Recibí mi primer libro después de una tragedia", recordaba. "Sucedió en una fiesta de Navidad de la comunidad, la que finalizó repentina e inesperadamente cuando las velas del árbol de Navidad prendieron fuego al abrigo de Papá Noel (Santa Claus, San Nicolás, etc.), y él salió corriendo del cuarto.

"Regresé a casa triste y desconsolado ya que no había recibido mi regalo. Sin embargo, al día siguiente alguien encontró entre los escombros del incendio un libro medio quemado que tenía mi nombre. Era un libro que relataba la historia de un jovencito que a base de mucho trabajo y honradez finalmente había alcanzado el éxito en la vida.

"Siempre me interesó leer las biografías y los relatos de la vida de personas que lograron el éxito, pues me estimulaba la imaginación para remontarme más allá de los estrechos confines de la rutina de la vida rural y satisfacía el anhelo de aventura que supongo todo muchacho normal posee.

"Puesto que vivía al pie de una de las majestuosas montañas que rodeaban el valle, no es de extrañar que cautivaran mi atención de manera especial los relatos del campo y de los animales."

El presidente Lee también recordaba que su madre había influido en él al enseñarle a escuchar la voz de inspiración del Espíritu.

"Una vez estaba parado a la entrada de nuestra casita, observando la furia de una gran tempestad que se estaba formando en las montañas vecinas; la tormenta se fue acercando paulatinamente. De repente, y sin avisarme, mi madre me dio un fuerte empujón que me dejó tendido en el suelo, lejos de la entrada; en ese instante, un rayo descendió por la chimenea de la cocina, saliendo por la entrada de la casa, y partiendo en dos un imponente árbol situado precisamente enfrente de donde yo estaba parado.

"Mi madre nunca pudo explicarme la razón por la que, en una fracción de segundos, tomó aquella decisión que me salvó la vida, pero sí fue una de las muchas ocasiones en que mi madre siguió la inspiración del Espíritu."

El presidente Lee dijo que dentro de cada niño que viene al mundo hay un don celestial.

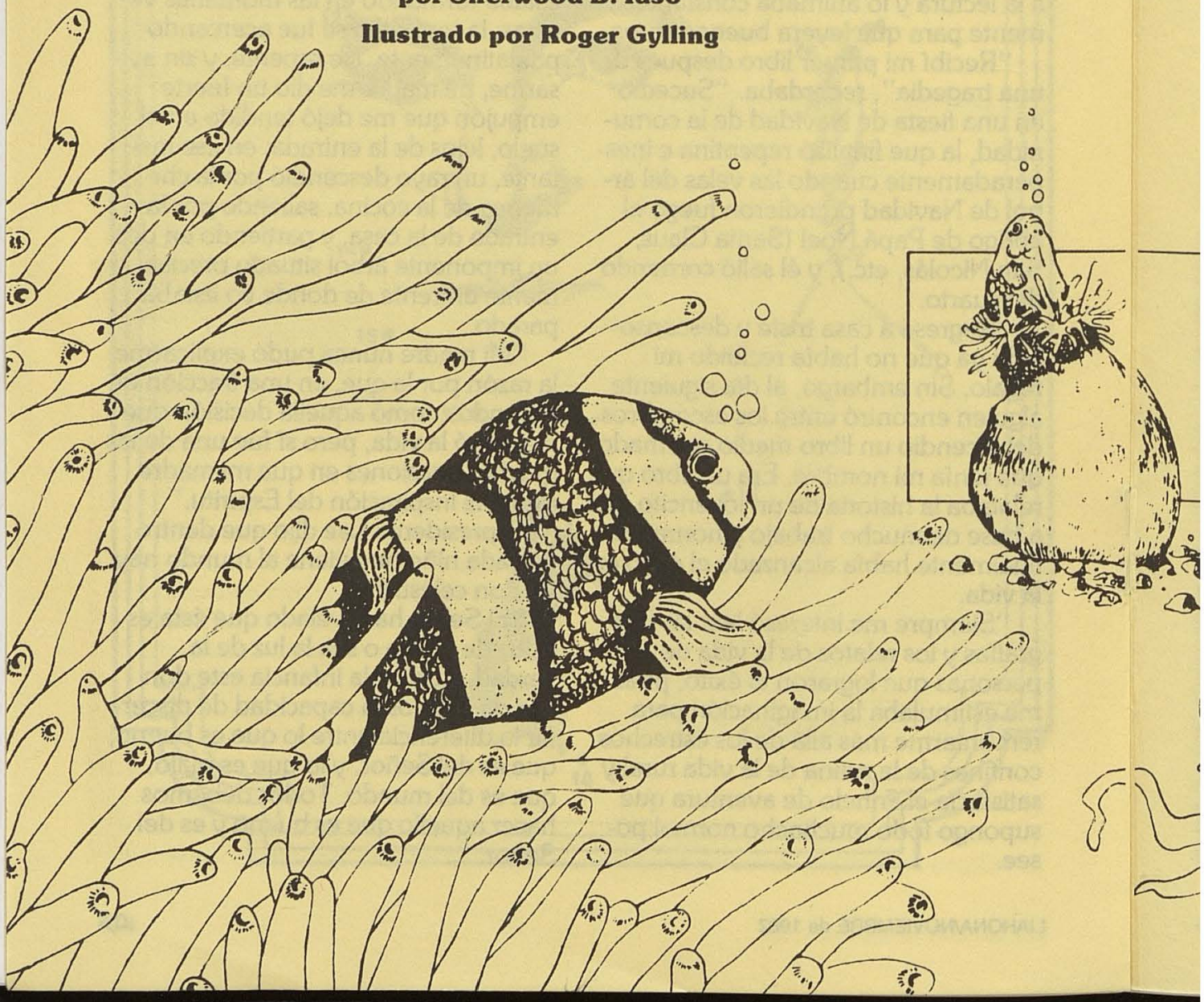
"El Señor ha revelado que ésta es la luz de Cristo o sea la luz de la verdad. Aun en la infancia este don nos da a todos la capacidad de discernir la diferencia entre lo que es bueno, que es del Señor, y lo que es malo, que es del mundo. Todos debemos hacer aquello que es bueno y es del Señor."

Los mejores compañeros

Puede un pececito del Océano Indico encontrar la felicidad al lado de una anémona de mar del Golfo de California? Esa es una pregunta que nos hicimos nosotros mismos muchas veces mientras observábamos al *Amphiprion bicinctus* que acabábamos de obtener pasarse de la bolsa plástica, en la que había permanecido durante la última hora, a nuestro acuario. El vendedor del negocio de peces nos había asegurado que ambos podían convivir en armonía, pero lo mismo nos había dicho cuan-

por Sherwood B. Idso

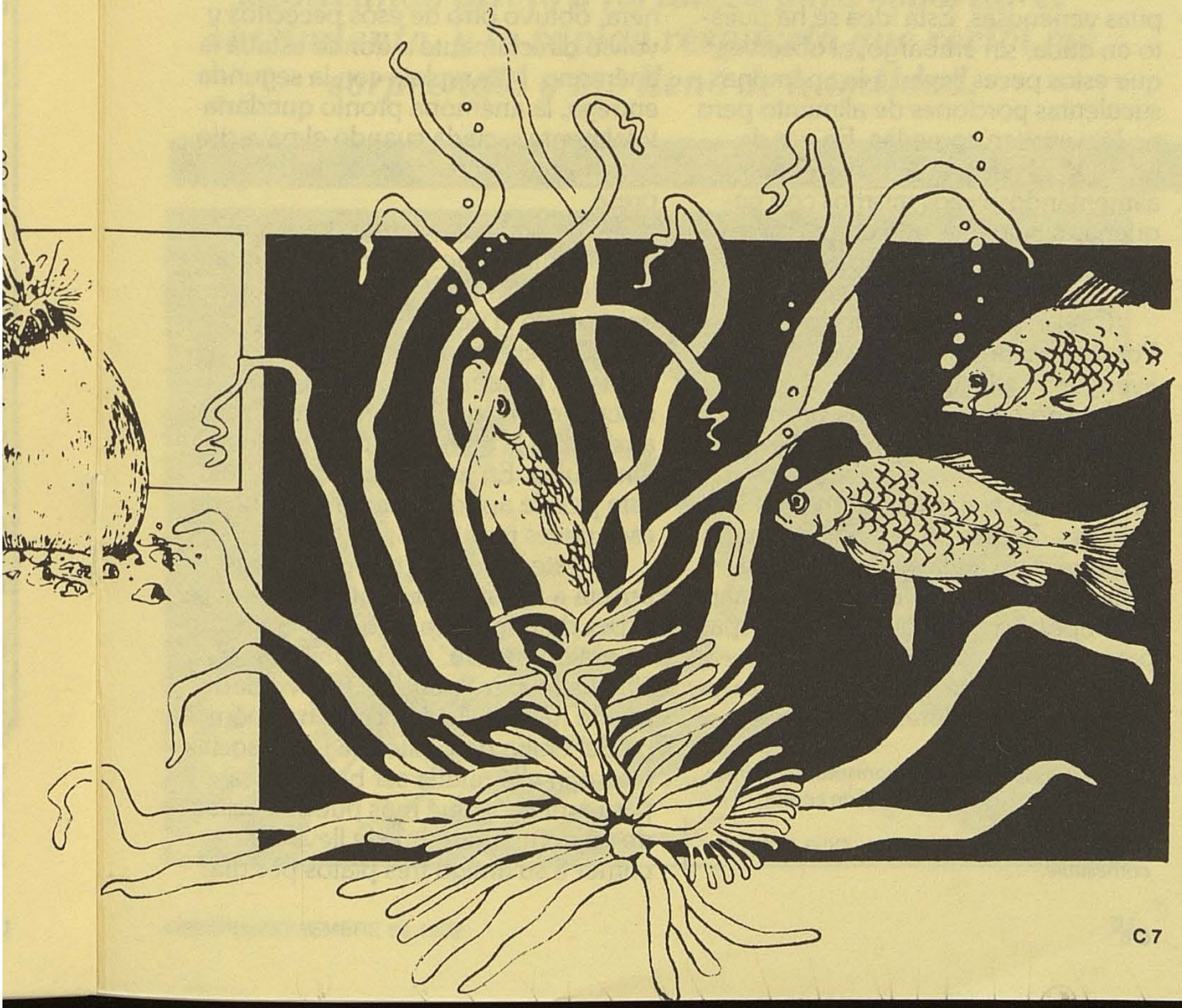
Ilustrado por Roger Gylling



do al pulpo de siete tentáculos que teníamos le presentamos una anguila morena.

En este caso la reunión fue menos espectacular. Después de dar vueltas por unos momentos por uno de los rincones superiores del tanque y de haberse expuesto a la curiosidad de los otros pececitos, este pez del Océano Indico, listado como un payaso, cruzó el diámetro de tres metros de nuestro tanque, que se hallaba en la parte superior de la casa. Por ese tramo de arena y coral se encuentran esparcidas doce diferentes anémonas de mar que trajimos del Golfo de California, al sur de Puerto Peñasco, México. Nos preguntamos a cuál eligiría nuestro pez. ¿Sería a una de las pequeñitas de color rojo? ¿O a la de color dorado y violeta que se halla en el centro del tanque? ¿O quizás a varias de ellas?

Durante el primer día no captamos mucho interés de parte del pececito hacia cualquiera de las anémonas; pero el segundo día, observamos que se había colocado casi permanentemente cerca de las anémonas grandes que se hallaban en el centro del tanque. Y poco después se agitaba vigorosamente entre los muchos tentáculos de lo que reclamaba como su nueva posesión.



Esta asociación cercana entre el pez y las anémonas se ha convertido, durante muchos años, en el tema más discutido entre los observadores de la simbiosis*. Se ha llegado a un acuerdo de que esta clase de pez puede acomodarse entre los tentáculos de la anémona para ser protegido de sus enemigos; pero ¿qué obtiene la anémona de esta asociación?

En varias ocasiones se ha indicado que ese tipo de pez en particular proporciona alimento a las anémonas y aun atrae otros peces hacia los tentáculos de estos animales marinos que están listos para apresarlos con sus púas venenosas. Esta idea se ha puesto en duda, sin embargo, al observar que estos peces llevan a la anémona suculentas porciones de alimento pero no le permiten comerlas. En vez de eso, con frecuencia se las arrebatan alimentándose ellos mismos con pequeñas cantidades que cortan de los pedazos grandes. Al final, las anémonas no disfrutan de nada.

¿Cuál es la verdad de todo esto? Por nuestra propia cuenta decidimos averiguarlo y lo logramos.

Nuestro primer paso fue proporcionarles el alimento apropiado. Un viaje rápido a un estanque cercano nos proporcionó suficientes carpas**. Pusimos tres de ellas en el tanque. Inmediatamente el agua se revolvió con actividad mientras la comunidad marina empezaba a subdividirse las carpas para el almuerzo. Pero entonces, como salido de la nada, el pececito con franjas de colores se lanzó en medio de la refriega y volvió tan rápidamente como pudo con una de esas carpas intacta en la boca. Los ágiles movimientos de este pez con aspecto de payaso nos hizo recordar el gozo con que un perrito mueve la cola para devolver al amo el palo que éste le ha lanzado.

Al acercarse a la anémona, el pez multicolor puso en sus tentáculos la carpa. Inmediatamente éstos respondieron al estímulo y empezaron a rodear a la víctima. Seguro de que la carpa se encontraba atrapada, el pez payaso regresó al alboroto en el extremo del tanque. Nuevamente, de alguna manera, obtuvo otro de esos pececitos y volvió directamente a donde estaba la anémona. Más repleta con la segunda entrega, la anémona pronto quedaría totalmente saciada cuando el payasito regresó por tercera vez con la última presa.

Al día siguiente, actuando como dos científicos, deseábamos observar si se repetía la acción. Y así fue. Esta vez no sólo el pez de franjas de colores triunfó nuevamente llevándole tres pececitos a la anémona, sino que los rescató cuando un pez mariposa se los arrebató a la anémona de entre los tentáculos. En ningún momento trató este pez de apoderarse de ninguno de esos peces para sí.

De este modo parece que la respuesta a nuestra pregunta inicial sobre el pez de franjas de colores y la anémona era afirmativa. un *Amphiprion bicinctus* (el pez "payaso") en verdad puede hallar felicidad con una anémona del Golfo de California y su asociación con ella puede ser beneficiosa para ambos. ¿Qué más puede decirse de un compañero que le lleva de comer a su amigo tres platos por día?

*Simbiosis. *Relación de organismos diferentes que sacan provecho de la vida en común.*

**Carpa, *pez de agua fresca, cuya carne es comestible.*

podía morir: No podía abandonar a Van, ¿cómo se las arreglaría él? ¿Y nuestros hijitos?

Muchas personas oraban por nosotros. Algún tiempo después me enteré, y todavía me conmueve pensarlo, de que mi madre había suplicado al Señor que, si era posible, le permitiera tomar mi lugar para morir. ¡Qué amor tan grande! Por otra parte, nuestro barrio ayunó y oró por nosotros, lo que nos emocionó profundamente.

Mi marido estaba en un estado de constante angustia. Hasta ese momento no nos podíamos quejar de nuestra vida, pero, ¡cuántos planes habíamos hecho para nuestra vejez! Siempre habíamos sido muy compañeros. ¿Cómo podríamos vivir el uno sin el otro? El oraba para pedir comprensión, paz espiritual y el valor para aceptar lo que viniera.

Por mi parte, yo también oraba para poder aceptar la situación con una actitud positiva. No me había sido posible lograrlo, hasta una mañana en que abrí la Biblia al azar y sentí el fuerte impacto de las palabras del Señor a Padro: "¿Me amas más que éstos?" (Juan 21:15.) Me pareció entonces que El me estaba haciendo a mí aquella pregunta. ¿Lo amaba yo por sobre todas las cosas,

Muchas fueron las veces en que tuve que orar suplicando alivio y fortaleza para soportar el sufrimiento, y la rápida respuesta que recibí me sorprendió y me llenó de humildad.

más aún que a la vida misma? Mi respuesta fue afirmativa. Sí, realmente lo amaba así.

Finalmente pude poner en orden mis sentimientos y decir: "Que se haga tu voluntad" de corazón, con el firme deseo de aceptarla. Y al hacerlo, me invadió una paz indescriptible. Ya no sentía temor y cuando lloraba, lo hacía por la posibilidad de tener que apartarme de mis hijitos y por la idea de que otras personas tuvieran que criarlos. Pero sabía que éramos una familia eterna, que habíamos sido sellados en el templo y que volveríamos a estar juntos después de esta vida.

Durante esa época de mi vida comprendí muy claramente el verdadero significado de nuestra estancia en la tierra y el hecho de que, aunque ésta dure cien años, es realmente un período muy breve en el plan eterno. Los que se quedan aquí por supuesto echan de menos al que se va, pero deben esforzarse por vivir en una forma satisfactoria y por seguir progresando. Y el que ha partido sin duda estará muy ocupado en el mundo espiritual.

Después de haber aceptado la voluntad de Dios, empecé a sentir la constante influencia inspiradora del Espíritu y mi fortaleza dio valor a mis seres queridos. Comprendí que habría muchas personas esperándome en el mundo de los espíritus y que no debía pensar que me sentiría solitaria allí, ni tener miedo; tanto mi padre como mi padrastro estarían allí para recibirme. Comprendí que tendría que poner mi vida en orden; pero también me di cuenta de que, si por un milagro llegaba a vivir, de todos modos era necesario que me preparara para morir.

Los médicos decidieron hacerme otro examen muy doloroso: me inyectarían aire en la médula espinal. Con esto esperaban localizar mejor el tumor y averiguar si sería posible hacerme tratamiento de cobalto. Antes de este examen recibí una hermosa bendición del sacerdocio prometiéndome que saldría del hospital.

Mientras yo estaba todavía recuperándome del examen, el doctor fue a hablar con mis familiares asombrado por un descubrimiento: No habían encontrado tumor alguno sino sólo el espacio que evidenciaba la existencia de un tumor; pero no había nada allí. Los médicos no podían explicárselo; quedaron totalmente desconcertados.

De pronto entendí lo que quería decir la expresión "vivir de regalo". Yo había recibido el regalo de mi vida. Al fin y al cabo, todos estamos aquí debido a la generosidad de nuestro amante Padre Celestial, y de acuerdo con su sabiduría, El me había renovado el don de la vida. Después de pasar diecisiete días en el hospital, salí de allí caminando con gran dificultad, pero sumamente feliz. Esa había sido la respuesta a las oraciones de tanta gente maravillosa y fiel, y a la bendición y el poder del sacerdocio.

A medida que fui recuperándome, una vez más mi vida se llenó con las sencillas tareas diarias de cocinar, limpiar, lavar y cambiar pañales. Pero también se llenó con gratitud y felicidad, y con la comprensión de la necesidad constante de buscar el Espíritu, enseñar con dedicación el evangelio a nuestros hijos y esforzarme por encontrar una comunicación perfecta por medio de la oración.

Mi constante súplica ahora es poder vivir de manera tal que sea digna de la confianza que el Señor ha puesto en mí. Nadie sabe en realidad cuánto tiempo vivirá. Yo espero hacer lo mejor con lo que me resta de vida en la tierra.

DEFENDED VUESTRAS CONVICCIONES

por el élder James E. Faust
del Consejo de los Doce

(Discurso pronunciado en la Conferencia de Area de Canadá, en agosto de 1979.)

Mis queridos hermanos y hermanas, siempre es un placer para mí reunirme con los santos.

La Iglesia a la cual pertenecemos tiene ahora un reconocimiento mundial. Representa muchas virtudes, incluyendo la integridad, la honestidad y un alto propósito moral. Y como institución defiende y practica algo que es contrario a las normas y moralidad actuales.

Nosotros, los miembros de la Iglesia, tenemos una identidad particular. Cada uno de nosotros es un ejemplo, ya sea fuerte o débil, bueno o mediocre.

Quisiera hablar de la importancia de que cada miembro defienda y observe plena, completa y abiertamente lo que la Iglesia debe representar en nuestra vida.

En Apocalipsis hay una fuerte amonestación para aquellos que no se manifiestan ni en pro ni en contra de algo:

"Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!

"Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca." (Apocalipsis 3:15-16.)

Se me ha persuadido, casi en contra de mi propio criterio, a que os relate una historia. Os pido que seáis pacientes y me perdonéis, porque se trata de una experiencia personal.

En 1942, aciago año de guerra, me inscribí en la Fuerza Aérea de los Estados Unidos como soldado raso. Una fría noche, me asignaron a servir de guardia durante la noche entera. Al caminar por mi puesto tiritando y tratando de mantenerme despierto, medité y reflexioné a lo largo de esa miserable noche. Ya para la mañana había llegado a algunas conclusiones bastante firmes.

Estaba comprometido para casarme, y comprendía que no podría

mantener una esposa con el pago que recibía como soldado raso. Pensaba que tendría que llegar a ser oficial. Al cabo de un par de días, después de esa noche de guardia, hice solicitud para inscribirme en la escuela de entrenamiento de oficiales. Poco después, en el día fijado, se me notificó, junto con algunos otros, que compareciera ante la Junta de Investigación, la cual examinaría mi aptitud y calificaciones. Estas últimas eran muy escasas, pero había cursado dos años de estudios universitarios y había cumplido una misión para la Iglesia en Sud América. Además, tenía veintidós años y gozaba de buena salud. Como era tan carente de calificaciones, me alegró poder poner en el formulario de solicitud que había sido misionero para la Iglesia.

Las preguntas que me hicieron los oficiales de la Junta de Investigación me sorprendieron. Casi todas se concentraban en mi servicio misional y mis creencias: "¿Fuma usted?" "¿Qué opina usted de otros que fuman y toman?" No me fue difícil contestar éstas.

"¿Acostumbra usted orar?" "¿Piensa usted que un oficial debe orar?" El oficial que me hacía estas últimas preguntas era un aguerrido militar de carrera y no me parecía ser una persona que orara muy frecuentemente. Pensé: "¿Le ofendería si le respondiera según realmente creo? ¿Debería darle una respuesta neutral y decir solamente que la oración es un asunto personal?" Deseaba mucho ser oficial para no tener que pasar las noches en vela como guardia y cumplir otros deberes insignificantes, pero mayormente para que mi novia y yo pudiéramos tener los medios para poder casarnos.

Decidí no titubear, y respondí que sí, que oraba y que pensaba que los

"Yo no creo que pueda haber una norma doble de conducta moral."

oficiales podían buscar la dirección divina como lo habían hecho algunos grandes generales. Agregué que en determinados momentos los oficiales deben estar preparados para dirigir a sus hombres en todas las actividades apropiadas, incluso en la oración si fuera necesario.

Mis examinadores me hicieron más preguntas interesantes. "Durante las épocas de guerra, ¿no se podría transigir en el código moral?" preguntó un oficial de alto rango. "¿No pueden los hombres, debido al trauma de la batalla, justificar el hacer algunas cosas que no harían en su casa bajo condiciones normales?"

En esto vi una oportunidad de formular una respuesta ambigua, para ganar una ventaja y mostrarme verdaderamente liberal. Yo sabía perfectamente bien que los hombres que me hacían esta pregunta no vivían de acuerdo con las normas que se me habían enseñado, que yo seguía, y que yo mismo había enseñado. Pensé: "Ya se acabó mi oportunidad para ser oficial." Como un relámpago pasó por mi mente el pensamiento de que quizás pudiera mantenerme fiel a mis principios y contestar que tenía mis propias creencias sobre el tema de la moralidad, pero que no quería imponer mis ideas sobre otros. Mas me pareció que veía en la mente las caras de las muchas personas a quienes había enseñado la ley de castidad cuando era misionero. Yo sabía perfectamente bien lo que dicen las Escrituras acerca de la fornicación y el adulterio.

No podía demorar por más tiempo mi respuesta, y contesté la pregunta acerca de la moralidad diciendo simplemente: "Yo no creo que pueda haber una norma doble de conducta moral."

Hubo unas cuantas preguntas más, indagando, creo, acerca de si yo me esforzaba por vivir de acuerdo con lo que nuestra religión representa ante el mundo. Salí de la audiencia resignado a la realidad de que las respuestas que había dado sobre nuestras creencias no habían satisfecho a aquellos oficiales veteranos, y que seguramente me darían una calificación muy baja. Unos días después, cuando se anunciaron los resultados de los exámenes, cuál no sería mi sorpresa al leer que mi calificación era de noventa y cinco por ciento. Me quedé asombrado. Yo estuve entre los del primer grupo que entró en la escuela para oficiales, y tuvieron que elevarme al rango de cabo para darme entrada a la escuela. Me gradué, llegué a ser segundo teniente, me casé con mi novia, y vivimos felices a partir de entonces.

Aquélla fue una de las encrucijadas más críticas de mi vida, una de las muchísimas oportunidades en que me fue necesario detenerme, examinar mi alma, y como todos vosotros, ser reconocido por mis creencias. No todas las experiencias en esas oportunidades resultaron como yo hubiera querido, pero siempre han fortalecido mi fe y me han preparado para las otras ocasiones, cuando el resultado fue diferente.

De aquélla y muchas otras experiencias, he aprendido que aun cuando otros no acepten las creencias de uno, respetarán a la persona que está dispuesta a defenderlas aunque éstas les parezcan inadmisibles.

También existen aquellas personas que son insensibles. Logran cierto nivel de creencia en el corazón y la mente, pero a causa de temores sociales, familiares, económicos o políticos, no pueden mantenerse aferrados a la verdad. Festo le dijo a Pablo

que "las muchas letras te vuelven loco" (Hechos 26:24). La respuesta de Pablo fue:

"Pues el rey sabe estas cosas, delante de quien también hablo con toda confianza. Porque no pienso que ignora nada de esto; pues no se ha hecho esto en ningún rincón.

"¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees.

"Entonces Agripa dijo a Pablo [unas de las palabras más tristes en todo el sagrado registro]: Por poco me persuades a ser cristiano." (Hechos 26:26-28.)

Por poco. ¡Qué sonido tan desgarrador hacen la expresión "por poco" y otras equivalentes! "Por poco" algunos de nuestros miembros observan la Palabra de Sabiduría, "por poco" asisten a las reuniones del sacerdocio o sacramentales, o "por poco" tienen la noche de hogar familiar. Algunos de nosotros casi —por poco— pagamos los diezmos.

Desde el tiempo del Salvador ha habido aquellos que creían, pero que a causa de las presiones sociales han tenido miedo de ser conocidos públicamente como creyentes. Juan habla de los gobernantes que temían el desprecio social:

"Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga.

"Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios." (Juan 12:42-43.)

Dijo Pablo a los corintios:

"Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano." (1 Corintios 15:58.)

Hace algunos meses mi esposa y yo tuvimos el privilegio de escuchar el testimonio de la hermana Fay Richardson, esposa del obispo Richard Richardson de la Estaca Nottingham, Inglaterra. La hermana Richardson dijo, y con su permiso, cito:

"Hace mucho tiempo, durante una lección sobre la religión en una clase en el colegio, aprendí a no ser pasiva en cuanto a mi testimonio. Yo tenía catorce años, y después de preguntarnos a todos cuáles eran nuestras religiones, el maestro nos preguntó: ¿Cuántos de ustedes saben que Dios vive?

"Me abochorné y me ruboricé, y pensé: *Oh, no, ahora tendré que decir lo que sé.* Sabía instintivamente que ninguno levantaría la mano, porque los otros eran demasiado sofisticados como para creer en Dios, pero lentamente levanté la mía. Entonces, sintiéndome algo desconcertada y consciente del hecho de que todos me miraban, dije: 'Bueno, supongo que sí'.

"¡Cómo deseé no haber dicho eso! Había añadido dudas a lo que pudiera haber sido un testimonio firme. Durante los años que siguieron, frecuentemente soñaba que podía pararme intrépidamente ante aquella misma clase y dar un firme testimonio del Dios viviente. Deseaba una y otra vez poder vivir de nuevo aquella experiencia para decirles precisamente cuánto quería a mi Padre Celestial. Afortunadamente, aprendí de la experiencia, y nunca más he dicho, 'supongo que sí', en lo que se refiere al evangelio."

"Hace algún tiempo se presentaba la película, *Mormons, Fact and Fantasy* —Los mormones, la verdad y la fantasía—. Se presentaba en una de las salas en la biblioteca pública en Nottingham. Mi esposo pensaba ir allá directamente de su trabajo, y pensé que yo también debía estar.

Así subí al ómnibus y fui allá con nuestros tres hijos.

"Una media hora antes de comenzar la película, se oyó la voz de alguien: '¿Podríamos tener algunos voluntarios que salieran a la calle para repartir folletos?' Pensé: *Sí, eso es lo que debería estar haciendo. Es por eso que vine.* Entonces algo dentro de mí me dijo: 'Tú realmente no quieres hacer eso, ¿verdad? Tienes miedo de hablar con todos esos extranjeros.' Pensé: *¡Es cierto, tengo miedo!*

"Así que permanecí allí, con esa furiosa batalla dentro de mí; de pronto miré hacia abajo. Tres caritas me miraban. Pertenecían a las tres personas que son tan importantes para mí. Pensé: *¿Qué tipo de madre sería si no les demostrara mi fe por mis obras?* Hemos pasado mucho tiempo enseñando el evangelio a nuestros hijos, y sabía que podría echarse a perder mucho de aquella enseñanza si yo no pusiera en práctica lo que había enseñado. Sabía lo que tenía que hacer.

"Tomamos algunos folletos y mi hijita mayor llevó un cartel anunciando la película, y descendimos a la calle. Ignoro si alguna de las personas a quienes invitamos realmente fueron a ver la película, pero estaba contenta de estar haciendo lo que nos correspondía hacer, y de tener la oportunidad de demostrar a nuestros hijitos que compartir el evangelio no es meramente algo de lo cual hablamos de cuando en cuando en las noches de hogar."

He aprendido que aun cuando otros no acepten las creencias de uno, respetarán a la persona que está dispuesta a defenderlas . . .

Una de las maneras en que los miembros de la Iglesia demuestran su apoyo de lo que creen es el pago de los diezmos y ofrendas. Al hacerlo, son bendecidos, aprenden a manejar y presupuestar sus asuntos financieros, llegan a ser mejores mayordo-

mos de lo que les queda de su dinero, aumenta su fe.

Una de las sorpresas más grandes de mi vida la recibí cuando siendo un joven obispo vi por primera vez los registros de los diezmos en mi barrio. Era el mismo barrio en donde me había criado. Muchos de los miembros de ese barrio habían sido mis maestros; todos eran mis amigos, me habían enseñado, eran mis héroes. Los quería a todos y sentía que me querían a mí también. Pero me chocó en extremo el saber que muchos entre aquellos que se ponían de pie el día de ayuno y afirmaban una profunda y constante fe en Dios y en su santa obra sobre la faz de la tierra vacilaban en su fe en cuanto al pago de los diezmos.

Muchos de nosotros fallamos, muchos tropezamos, y yo creo firmemente en el principio de la "segunda oportunidad". Pero el principio de la segunda oportunidad significa que una vez hallados débiles, como Pedro cuando negó haber conocido al Salvador, después llegamos a ser inquebrantables en la fe, como los lamanitas mencionados en 3 Nefi:

". . . eran firmes, inquebrantables e inmutables; y estaban dispuestos a guardar los mandamientos de Dios con toda diligencia." (3 Nefi 6:14.)

No podemos disimular lo que somos a pesar de lo mucho que nos esforcemos. Cuando tratamos de engañar sólo nos engañamos a nosotros mismos. Somos como el emperador en el cuento de hadas a quien le engañaron hasta el punto de creer que estaba vestido con hermosa ropa, cuando en verdad no tenía nada encima.

A los que son firmes, inquebrantables e inmutables se les darán grandes poderes escondidos e insospechados, y serán investidos con recursos espirituales plenos y potentes.

Quisiera terminar afirmando las más profundas convicciones de mi alma concerniente a la sagrada obra en que estamos embarcados. El cabeza y dirigente de esta Iglesia es nuestro Señor y Salvador Jesucristo. El dirige y guía la obra por medio del presidente Spencer W. Kimball, que a su vez dirige las labores del reino aquí sobre la tierra.

Esta Iglesia es la del Señor, y Su obra y gloria se llevan a cabo en muchas tierras bajo Su dirección.

Testifico de la divinidad de esta obra en el nombre de Jesucristo. Amén.

Hablad al respecto

Después de leer este artículo, ya sea individualmente o con toda la familia, quizás quiera considerar las siguientes preguntas durante un período de estudio del evangelio.

1. El artículo examina la amonestación del Señor a aquellos cuya fe es débil. ¿Cómo es posible aumentar el testimonio?
2. La obediencia a la Palabra de Sabiduría y el código moral se analiza como una posible prueba de la fe de alguien. Analice otras enseñanzas que nos brinden oportunidades para manifestar y expresar nuestro deseo de seguir las enseñanzas del Señor y no las del mundo.
3. ¿Es necesario adaptarse a lo que hacen la mayoría de las personas para tener éxito en la vida o para ser feliz?
4. ¿Cuál debe ser nuestra reacción si otros nos evitan por ser nosotros fieles a las enseñanzas del Señor? ¿Cuáles son las recompensas que El nos reserva por nuestra fidelidad?

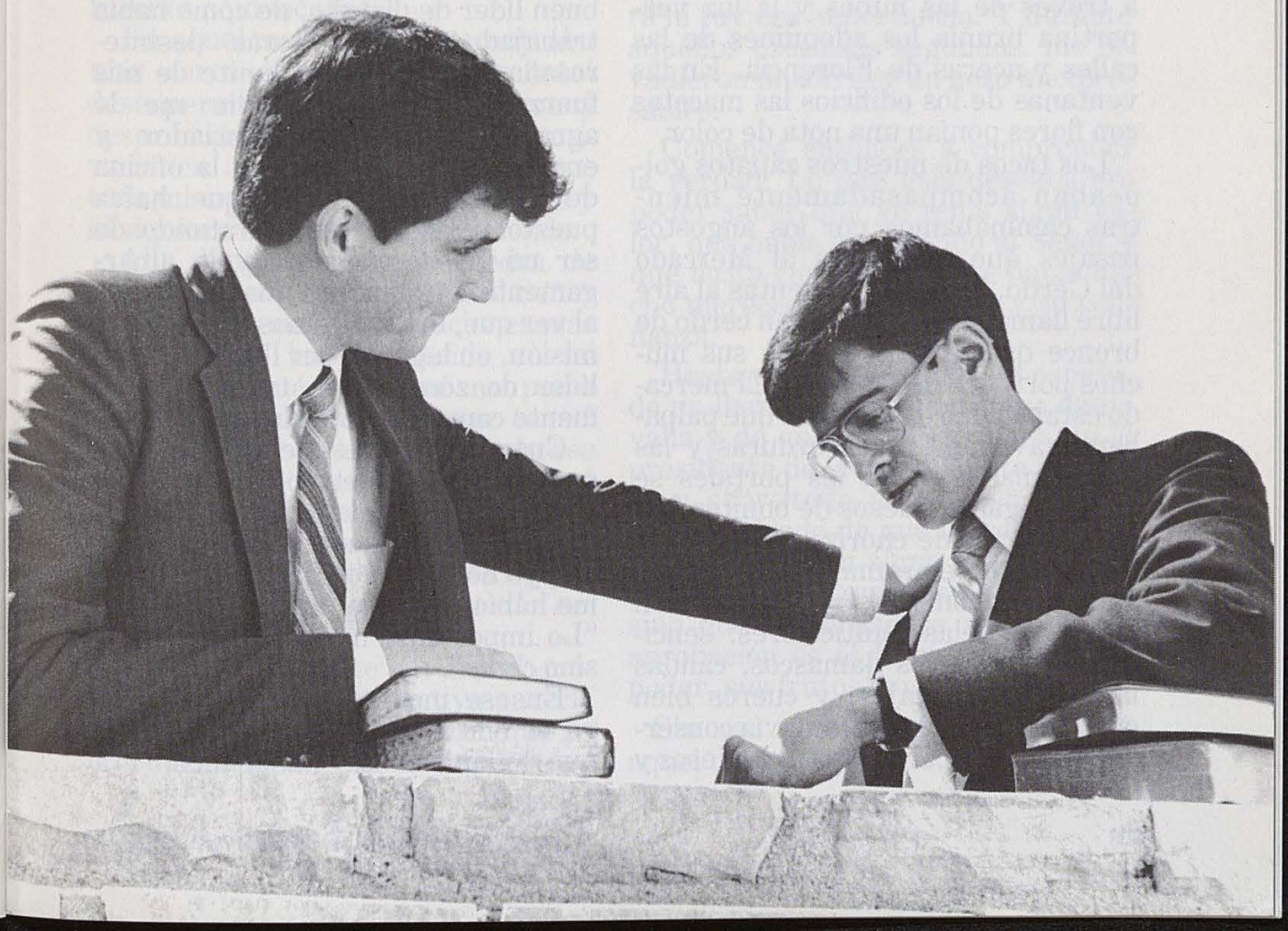
¿PODEMOS SUBSTITUIR AL SEÑOR?

por Paul James Toscano

Nunca olvidaré el día en que recibí mi último cambio como misionero. Ya lo esperaba, pues el presidente había indicado que habría cambios entre los líderes misionales y yo estaba seguro de que sería nombrado líder de zona para los últimos seis meses que me quedaban en la misión.

Cuando me llegó la noticia, nerviosamente abrí el sobre y saqué la carta, escrita en el papel membretado de la misión. Rápidamente

Fotografía por Michael M. McConkie



busqué en la página mi nueva asignación y, para mi consternación, no encontré lo que estaba buscando.

Me invadió una sensación de temor y sentí que se me formaba un nudo de dolor en la boca del estómago. Volví a leer la carta, esa vez con más atención. La asignación era para terminar la misión como compañero mayor en Génova, ciudad del norte de Italia situada a orillas del Mar Tirreno. Y nada más.

Hice grandes esfuerzos por esconder de mi compañero la amarga desilusión que sentía, pero comprendí que él se daba cuenta de que algo me había pasado. Afuera, los rayos del sol primaveral se filtraban a través de las nubes y la luz vespertina bruñía los adoquines de las calles y aceras de Florencia. En las ventanas de los edificios las macetas con flores ponían una nota de color.

Los tacos de nuestros zapatos golpeaban acompasadamente mientras caminábamos por los angostos pasajes que conducían al Mercado del Cerdo, un lugar de ventas al aire libre llamado así por el gran cerdo de bronce que guarda uno de sus muchos portones de entrada. El mercado estaba lleno de mujeres que palpaban suavemente las verduras y las frutas maduras; en los portales se veían colgados quesos de bonitas formas y sartas de chorizos que despedían un fuerte aroma; había puestos adornados con hilos y cintas y con piezas de telas multicolores: sencillos lienzos, ricos damascos, cálidas lanas, finos encajes, y cueros bien curtidos y suaves que todavía conservaban su olor característico. Mesas y mostradores estaban atestados de ídolos de madera, tapetes, cuadros, estatuillas de mármol y delicadas piezas de cristal de Venecia; por todos lados se oía el bullicio característico de los clientes que regateaban y los vendedores que se movían con destreza entre su mercancía.

Tratando de mantenernos alejados de la multitud, caminamos cerca del puente que atraviesa las fangosas aguas del río Arno. Allí le conté a mi compañero lo del cambio y del gran desánimo que sentía porque no me habían concedido aquel cargo directivo que esperaba; le hablé de los esfuerzos que había hecho para ser un buen compañero mayor y un buen líder de distrito, de cómo había trabajado muchas horas desinteresadas, casi hasta el límite de mis fuerzas y sin que nadie me lo agradeciera, como historiador y encargado del registro en la oficina de la misión. Le dije que había puesto lo mejor de mí tratando de ser un buen misionero y lo amargamente desalentado que me sentía al ver que, en los últimos meses de la misión, en lugar de ser llamado como líder de zona, debía trabajar solamente como compañero mayor.

Cuando terminé de hablar, nos quedamos en silencio por un momento y, finalmente, mi compañero me dijo precisamente las palabras que yo no quería oír, las mismas que me había repetido yo tan a menudo: "Lo importante no es *dónde* sirvas, sino *cómo*".

En ese momento me encontraba ya al borde de las lágrimas. Sabía que lo que él me había dicho era

verdad; lo había oído toda mi vida en la Iglesia y lo creía con todo mi corazón. Pero aun así no había podido liberarme del íntimo deseo de ser un líder en la misión, a pesar de que hubiera querido llegar hasta el fondo de mi alma y arrancar de raíz ese anhelo; pero había sido incapaz de ello hasta ese momento. Había tratado de desecharlo por medio de la oración; había hecho de cuenta que no existía; había luchado contra él con todas mis fuerzas. Pero no había logrado deshacerme de él y era imposible que siguiera engañándome; tenía que enfrentar la realidad: había estado actuando en la forma correcta, pero había sido motivado por razones equivocadas.

En aquel momento me encontraba más cerca que nunca de la total desesperanza; me sentía indigno y despreciable, lleno de anhelos y motivaciones impuros. Me parecía que toda mi existencia era una mentira y ni siquiera deseaba seguir viviendo.

Allí, junto al arco de piedra de aquel viejo puente, supliqué al Señor su ayuda en una de las oraciones más sinceras que había ofrecido en mi vida: ¿Por qué, por qué no podía estar satisfecho con lo que tenía? ¿Por qué me había atormentado ese deseo durante toda la misión? ¿Qué estaba tratando de encontrar? ¿Qué podría hacerme sentir feliz? *¡Oh, Señor!*, exclamé. *¿Qué me pasa? ¿Qué es lo que quiero? ¿Cómo puedo encontrar la paz?*

Fue precisamente en aquel momento en que la perspectiva parecía más negra, en el momento en que yo no pude soportar más el sabor de mi propia amargura, que súbitamente me invadió una comprensión esclarecedora que resplandeció dentro de mí como una luz en medio de las tinieblas. Fue como si una voz me hubiera hablado —no una voz interior, de mi propia mente, sino otra de una mente grandiosa—, como si alguien me hubiera dicho: "Lo que realmente estás buscando es una señal de que Jesucristo te acepta. Pero un llamamiento no es ninguna indicación de ello; la verdadera señal sólo te la puede dar el Espíritu Santo."

Por unos momentos sólo pude pensar en el nombre del Salvador del mundo. Ese sagrado nombre llenó todo mi ser como si nada más existiera ni tuviera importancia. Y durante aquellos preciosos segundos, me invadieron un alivio y un gozo inexpresables.

Comencé entonces a comprender la verdad: Lo que más deseaba era poder saber que yo tenía algún valor, que había complacido al Señor y que hasta cierto punto me había hecho merecedor de su amor y su confianza.

Hasta ese momento había esperado un llamamiento como signo de mi valía y de que era aceptable ante el presidente de la misión, ante la Iglesia y, sobre todo, ante el Señor. Pero había olvidado de que un cargo en la Iglesia no es un signo que el Señor da a aquellos a quienes ha aceptado, sino que la verdadera señal de Su aprobación es el Espíritu Santo: su poder, sus frutos, sus dones.

Sin esa comprensión que recibí aquel día en Florencia, supongo que

podría haber continuado procurando llamamientos cada vez más altos e importantes y sintiéndome, al mismo tiempo, cada vez más desilusionado e insatisfecho. Es extraño, pero a veces en el fondo no queremos realmente aquello que hemos buscado con tanto afán y, por lo tanto, nunca estaremos satisfechos con lo que logremos. No hay substituto que sea bastante bueno.

En mi caso, yo había procurado substituir el Espíritu, el amor y la aprobación de Jesucristo con un llamamiento en la Iglesia. Pero, en los años que siguieron a aquel último cambio en la misión, he aprendido que no hay llamamiento, ni posesión mundana, ni honor académico, ni riquezas o prestigio, ni nada terrenal que pueda substituir el conocimiento de Cristo y de que somos aceptables para El. Este conocimiento es el mayor consuelo que podemos encontrar.

Allá, en aquel viejo puente de piedra, aprendí que el Señor puede quitarnos nuestros sueños y esperanzas, aun nuestra vida y la de nuestros seres queridos; puede tomar nuestro tiempo, talentos, riquezas, poder, mente y fortaleza, no porque los necesite o los quiera para sí, sino para asegurarse de que ninguna de estas cosas se convierte en algo más importante que El en nuestra vida; quiere asegurarse de que ninguna pueda convertirse en un ídolo o dios falso al que adoremos en lugar del Dios verdadero.

Si de una cosa estoy seguro, es de que sé, por el poder del Espíritu Santo —un poder más digno de confianza que todos nuestros sentidos— que Jesús de Nazaret, el que fue crucificado, se levantó de los muertos y vive. Y sé que volverá a la tierra. Y cuando lo haga, "se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles" (1 Corintios 15:52); y que todos aquellos que lo amen y hayan esperado anhelantes Su venida lo verán en las nubes, en medio de Su gloria, y serán arrebatados para encontrarse triunfantes con El.

En aquel día sabremos, en una forma que ahora no comprendemos, que no hay ni habrá nunca un substituto de Jesucristo, nuestro Señor.

Nuestra vida no es una competencia con los demás, sino con el propio yo. Debemos procurar diariamente adquirir mayor fortaleza, ser más verídicos, mejores; cada día debemos dominar más debilidades; reparar a diario un error; superarnos día tras día.

Elder David B. Haight

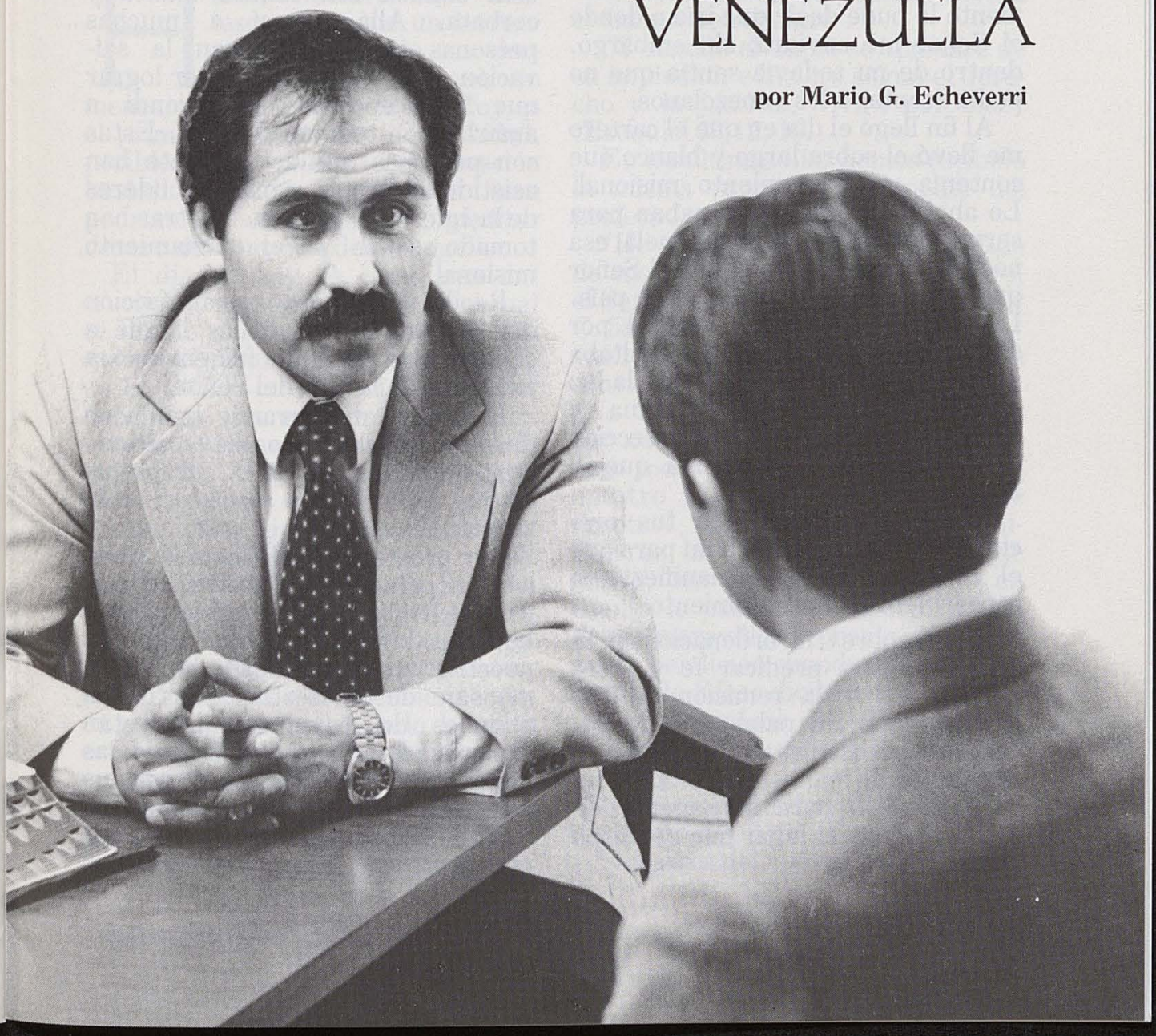
EN CUALQUIER LUGAR, MENOS EN VENEZUELA

por Mario G. Echeverri

Nací en una pequeña ciudad situada en el este de Colombia y soy el único miembro de mi familia que aceptó el evangelio. Fue allí donde me enseñaron acerca de la Iglesia, donde me bautizaron y donde nació mi deseo de cumplir una misión regular.

Recuerdo cuando salía casi todas las noches con los misioneros para ayudarles en la obra, y, al mismo tiempo, para obtener experiencia en el campo misional. Cuando ellos me preguntaron en qué lugar me gustaría servir como misionero, les contesté: "En cualquier lugar, menos en Venezuela". Repondí así debido a que atravesábamos por una época de muchas tensiones entre mi país y este país vecino, y, en consecuencia, yo no sentía mucho aprecio por el pueblo venezolano.

Con el correr del tiempo tuve mi



entrevista con el presidente de la misión. Una de las preguntas que me hizo fue la siguiente:

—Hermano, ¿iría a cualquier lugar donde el Señor lo enviara?

Respondí sin duda alguna:

—Sí, presidente.

Entonces se me acercó, me miró a los ojos y volvió a preguntar:

—¿Y si el Señor lo mandara a Venezuela?

Supe al instante que él conocía mis pensamientos. Después de un momento le pude decir que iría a donde el Señor me enviara; sin embargo, dentro de mí todavía sentía que no podía aceptar a los venezolanos.

Al fin llegó el día en que el cartero me llevó el sobre largo y blanco que contenía mi llamamiento misional. Lo abrí y leí que me llamaban para servir en la Misión de Venezuela; esa noche me arrodillé y le pedí al Señor que no me mandara a ese país. Después de conversar con El por algún tiempo, le dije que necesitaba su ayuda. Me levanté, encendí la luz y empecé a hojear Doctrina y Convenios. Me detuve en la sección 53 y encontré la respuesta que el Señor me daba:

"He aquí . . . he oído tus oraciones; y has recurrido a mí para que el Señor tu Dios te manifieste lo concerniente a tu llamamiento . . .

"Toma sobre ti mi ordenación, sí, la de élder, para predicar fe y arrepentimiento y la remisión de pecados, según mi palabra, y la recepción del Espíritu Santo por la imposición de manos;

"y también para ser agente de esta iglesia en el lugar que el obispo designará . . .

"Y además, quisiera que aprendieras que sólo se salva aquel que persevera hasta el fin." (D. y C. 53:1, 3-4, 7.)

Cerré el libro y de nuevo me arrodillé, esta vez en espíritu de humildad. Las lágrimas me quemaban las mejillas y en mi oración supliqué al Señor que me perdonara por tratar de cambiar su voluntad.

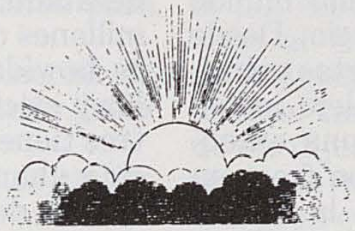
Llegó así el día en que me encontré listo para ir a Venezuela, en esta ocasión con camisa blanca y corbata. Allá conocí a muchas personas que necesitaban la salvación, y tuve que luchar por lograr que la aceptaran, y aprendí a amarlas con todo mi corazón. Estas son personas que actualmente han asistido al templo y que son líderes de la Iglesia en Venezuela; otras han tomado sobre sí el llamamiento misional.

Recibí mucho gozo y satisfacción del pueblo venezolano, y llegué a comprender por qué fui enviado a esa parte de la viña del Señor.

Recibí mi más grande bendición después de haber sido relevado como misionero, cuando vi a mi propia madre entrar a las aguas del bautismo. Yo conozco el gozo que el Señor promete a aquellos que traen a otras personas a su reino. Sé que ésta es la obra de Jesucristo porque he sentido Su guía. Sé que es nuestra responsabilidad llevar el mensaje de la Restauración a los millones de personas que están esperándolo. Y sé que una de las mejores maneras de lograr esto es por medio del servicio misional, en cualquier parte a donde el Señor nos mande ir.

¡HOY MISMO!

por el élder Derek A. Cuthbert
del Primer Quórum de los Setenta



Hazel, nuestra hija adolescente, tiene un letrero en la pared de su dormitorio que contiene un mensaje sencillo pero vital: "Hoy es el primer día del resto de tu vida", posiblemente una aseveración bastante exacta, pero que bien podríamos examinar y meditar dentro del contexto del evangelio.

El día de hoy es como una encrucijada, un punto crucial en el cual se divide nuestra vida entre el pasado y el futuro. Si nuestro pasado no ha estado en armonía con el Señor, pero nos arrepentimos y hoy somos personas diferentes, El no lo recordará. Por el contrario, si nuestro pasado está lleno de buenas obras —servicio en el sacerdocio, servicio caritativo, servicio en el campo misional— en nada nos beneficiará si hoy no somos fieles.

Es la manera en que nos comportamos hoy en pensamientos, palabras, obras e intenciones lo que en verdad determina al lado de quién estamos. El Señor ha hecho hincapié en esto continuamente por medio de los profetas de la antigüedad y de los de esta última dispensación. Por intermedio de Ezequiel proclamó:

"La justicia del justo no lo librará el día que se rebelare . . .

"Y cuando el impío se apartare de su impiedad, e hiciere según el derecho y la justicia, vivirá por ello." (Ezequiel 33:12, 19.)

En los últimos días hemos recibido la misma promesa por medio del profeta José Smith:

"He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y, yo, el Señor, no los recuerdo más." (D. y C. 58:42.)

El arrepentimiento, el cambio y la conversión deben acontecer hoy. ¿No somos todos acaso pecadores por comisión u omisión? ¿No fallamos todos en llevar a cabo lo que nuestro Padre Celestial espera de nosotros, sus hijos? Qué gran bendición es la de poder comenzar de nuevo, sin que el Señor tome en cuenta lo pasado. El apóstol Pablo dio un maravilloso consejo en cuanto a esta bendición cuando exhortó a los santos de Efeso diciendo:

". . . despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos,

"y renovaos en el espíritu de vuestra mente,

"y vestíos del nuevo hombre, crea-

do según Dios en la justicia y santidad de la verdad." (Efesios 4:22-24.)

Antes de ser llamado para servir como presidente de misión en 1975, formaba parte del atareado mundo de la industria y el comercio. Desde mi oficina se veían las puertas principales de un amplio complejo industrial en Inglaterra, con una extensión de 142 hectáreas. Con frecuencia veía cómo llegaban a la fábrica largos trenes cargados de petróleo y camiones colmados de celulosa en bruto. Luego, después de algún tiempo, veía cómo los vehículos llenos de lindas telas y de útiles objetos de plástico se abrían paso hacia almacenes, tiendas y hogares. El milagro de la conversión había ocurrido, y la materia prima había sido transformada en bellos productos.

Lo mismo debería acontecer con cada uno de nosotros, ya que hemos sido dotados de materias primas preciosas. Cerebro y espíritu, energía y talento, espacio y tiempo, todos estos elementos se encuentran dentro de nuestra mayordomía. Nuestro bondadoso Padre Celestial no nos los ha proporcionado únicamente para que los enterremos, sino para que mejoremos nuestra vida usándolos y los multipliquemos cinco o diez veces más. ¿Cuál será el producto de nuestra vida? Tal vez el proceso individual de nuestra conversión haya sido ineficaz en el pasado. Hagámoslo hoy más eficaz, utilizando mejor nuestro tiempo y energía, y empleando en forma más productiva nuestro talento, inteligencia y esfuerzo.

Siempre que he visto las majestuosas cataratas del Niágara, me he maravillado ante el tremendo potencial de energía en espera de ser liberada hacia el desfiladero de 60 metros de altura, en forma de una cascada por lo cual fluyen 132 millones de litros por minuto. Una vez desatado, dicho potencial de cinco millones de caballos de fuerza bendice la vida de muchas personas con luz y electricidad. Cada uno de nosotros tiene un poder similar de bendecir y alumbrar, de mejorar y progresar, de desarrollar talentos y producir una vida magnífica. ¿Cuál es el secreto? Es la conversión, el cambio, la superación, el triunfo, el comenzar de nuevo, el alargar nuestro paso, el hacer el día de hoy mejor que el de ayer. Todo esto es esencial para nuestro progreso eterno; no obstante, muchos de nosotros tendemos a ser un poco apáticos y letárgicos cuando se trata del progreso espiritual y de obtener cualidades que nos harán parecernos a Cristo. Aun cuando fijamos metas personales para desarrollar algún atributo en particular, actuamos como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para lograrlo.

Necesitamos darnos cuenta de que el tiempo apremia, de que debemos hacer las cosas ahora, porque es posible que sólo tengamos el día de hoy. A través de los años, y especialmente mientras servía como misionero en Escocia, les he hecho a muchas personas la siguiente pregunta: "Si hoy fuera el último día de su vida, ¿qué haría con él?" Ya sea que estemos investigando la Iglesia o que hayamos sido miembros por mucho tiempo, que seamos jóvenes o no tan jóvenes, deberíamos considerar esa pregunta porque nos ayuda a plantearnos lo siguiente: "En realidad, ¿qué debería yo estar haciendo?

¿Qué tiene mayor valor para mí? ¡Es tan importante poner las cosas en orden de prioridad en nuestra vida!

"Porque he aquí, esta vida es cuando el hombre debe prepararse para comparecer ante Dios . . .

". . . entonces viene la noche de tinieblas en la cual no se puede hacer nada." (Alma 34:32-33.)

La verdad es que no nos queda mucho tiempo.

Una de las peticiones que, como habitantes de la tierra, se nos han hecho en las últimas décadas ha sido que debemos conservar nuestros recursos naturales y usarlos sabiamente. La conservación de nuestra materia prima más escasa —el tiempo— será uno de los grandes beneficios de poner nuestras actividades en orden de prioridad. Al comenzar el día es conveniente escribir una lista de diez cosas que nos gustaría lograr ese día. Esto, a la par de nuestro esfuerzo por ser puntuales y dignos de confianza, nos ayudará a desperdiciar menos el tiempo y a eliminar muchas frustraciones.

Hace dieciocho años, durante mi primera visita a una conferencia general en calidad de nuevo presidente de estaca, aprendí una valiosa lección en cuanto a la puntualidad. Quería visitar todas las dependencias de la Iglesia, que en ese entonces estaban dispersas por una extensa zona de Salt Lake City. Sobre todo tenía el deseo ferviente de conocer al presidente David O. McKay. Pregunté si sería posible ver al Profeta por unos minutos y me sentí muy dichoso cuando me pidieron que regresara a la 1:30 de la tarde, pues se me iba a conceder ese gran privilegio. Mi corazón rebosaba de felicidad aquella mañana al hacer otras visitas; el tiempo pasó volando.

De pronto miré mi reloj y me asusté al ver que era casi la hora de la tan esperada cita. Prácticamente corrí al Edificio de Administración de la Iglesia, y llegué agitado y sin aliento. Imaginaos lo que sentí cuando me dijeron: "Por llegar un minuto tarde es posible que haya perdido una gran oportunidad". Aquellas palabras todavía resuenan en mis oídos, a pesar de que sí pude conocer al presidente McKay en aquella ocasión.

A veces aparece en mi mente la imagen del reloj de una iglesia de Nottingham, mi ciudad natal en Inglaterra. En la esfera de dicho reloj está escrita como un desafío la siguiente invitación: "Es la hora de buscar al Señor". El niño mira al reloj y espera que las manecillas nunca señalen la hora de ir a acostarse. El joven muy a menudo sale a divertirse y al volver se da cuenta de que lo ha pasado mal; las manecillas del reloj no le preocupan excesivamente, ya que hay mucho tiempo por vivir, o al menos eso piensa. El anciano en el crepúsculo de la vida desea que todavía haya más tiempo para terminar las cosas que han quedado sin finalizar. En realidad, todos estamos en el crepúsculo de esta vida, puesto que la venida del Señor se acerca. Sí, hoy es el primer día del resto de tu vida, pero . . . y si fuera el último día, ¿qué harías con él?

Obrad a la luz del sol con fervor,
obrad con paciencia y tierno amor . . .
Obrad, obrad hoy por Jesús,
mañana es tarde, hoy sólo hay luz.
(*Himnos de Sión*, 238.)

Desocupación vs. desesperación

por Stephen W. Gibson

(Tomado del *Church News*, 5 de junio 1982, pág. 6.)

Ante la penosa situación que en materia de economía acomete a nuestra sociedad, miles de hombres y mujeres deben hacer frente a la desocupación laboral, de la cual no son para nada culpables. Aun cuando esto supone una carga pesada para todo aquel que provee para su familia, algunos miembros de la Iglesia, quienes en su gran mayoría siempre se han regido por los más estrictos principios de laboriosidad, son testigos involuntarios de cómo la desocupación les conduce a otros problemas más difíciles de superar y mucho más frustrantes que el de carecer de trabajo.

Entre las lamentables consecuencias que traen aparejados estos problemas, se encuentran las dudas que surgen en cuanto al propio valor personal o autoestima, las dificultades monetarias que pueden conducir a la pérdida de la propiedad y aun de escasos ahorros, y hasta el deseo de aislarse de los demás.

A continuación se proporcionan algunas ideas que pueden no solamente contribuir a superar el trauma que supone la pérdida del empleo o la falta de trabajo, sino también acelerar el proceso que conduce a encontrar una ocupación.

1. Procure estructurar un presupuesto de emergencia con su familia.

Aun cuando en todos los casos el desocupado pone todas sus esperanzas y una gran cuota de confianza en encontrar un nuevo trabajo en cuestión de pocos días, la realidad muchas veces demuestra que tal vez demande hasta meses, especialmente si la persona se desempeñaba en un empleo que pagaba un buen sueldo o en una industria de las muchas que se ven severamente dañadas por la galopante recesión. Cuando los ingresos se ven disminuidos, debe también restringirse los gastos lo más rápida y estrictamente posible.

2. Transforme el problema en un proyecto en el que participe la totalidad de la familia.

El mantener a los miembros de la familia informados en cuanto a sus esfuerzos en procura de empleo y solicitar el interés y las oraciones de cada uno de ellos dará por lo menos tres resultados: Como sucede en la mayoría de las crisis, hará que se incremente la unidad familiar; en segundo lugar, el interés y la preocupación que pongan de manifiesto los miembros de su familia será una muestra palpable del amor que siente por usted, lo que a su vez le servirá de fuerza motivadora y le hará poner aún más empeño en sus esfuerzos por conseguir un trabajo. En tercer lugar, es factible que alguno de ellos pueda enterarse y ponerle sobre aviso de alguna oportunidad que usted haya pasado por alto.

3. No tome las "merecidas vacaciones" antes de comenzar a buscar empleo.

Es una reacción por demás común

entre muchas personas el sentirse ultrajadas después de haber sido despedidas de su empleo, y antes de ponerse en campaña para conseguir un nuevo trabajo, se amparan en una "necesidad" de tomar vacaciones que, de no haberse quedado sin trabajo, tal vez ni hubiera existido. El comenzar a buscar empleo es algo que no debe postergar ni un solo día, ya que cuanto antes comience, tanto más pronto encontrará el trabajo que le permita nuevamente mantener a los suyos.

4. Pase algo de tiempo con personas que se encuentren en situaciones similares a la suya.

Advierta que dice *algo de tiempo*. El éxito que ellas tengan puede ayudarle a usted a desarrollar nuevas ideas conducentes a su propio éxito y le estimularán a esforzarse más por conseguir trabajo. Esto también supone una excelente oportunidad para intercambiar datos sobre diferentes oportunidades.

5. No se aparte de sus amistades, de sus vecinos ni de los otros miembros de la Iglesia.

Muchas personas se sienten avergonzadas y lo único que atinan a hacer es permanecer dentro de su casa sin ninguna otra ocupación que el preocuparse continuamente. Esto no contribuye a nada saludable. Tenga presente que se trata de una situación pasajera, y cuanto más se aparta uno de la realidad, más tiempo le llevará salir de esa situación.

6. Esfuércese por conseguir un empleo, tanto como se esforzaba por conservar el anterior.

Cada tarde hágase un plan de trabajo para el día siguiente. Levántese temprano y comience a llamar por teléfono o vaya a visitar compañías o posibles fuentes de empleo. Es precisa mente al comienzo del día cuando unc está más animado y cuenta con mayores energías. Como bien se aplica el conocido refrán: "A quien madruga, Dios le ayuda".

7. Lea todo el material que pueda en cuanto a técnicas para obtener trabajo.

Cada día me asombra más el saber de la poca cantidad de personas que dedican tiempo a estudiar métodos tendientes a mejorar sus condiciones laborales. Se cuenta en nuestro medio con una considerable variedad de materiales que proporcionan buenas ideas en este sentido. Lea por la noche de modo de no restar tiempo de su período de "búsqueda" durante las horas del día.

8. No permita que un orgullo mal entendido le impida averiguar entre sus conocidos sobre oportunidades de trabajo.

Las reuniones de sacerdocio, las de Sociedad de Socorro y otras de la Iglesia constituyen excelentes oportunidades para poner a otras personas en conocimiento de su situación. Se asombrará de enterarse cuántos están más que dispuestos a dar una mano si tan sólo les hacemos saber que necesitamos su ayuda.

9. Redacte un buen *Curriculum vitae*.

Pese a ser éste un elemento suma-

mente importante, no espere que le consiga entrevistas. Al redactarlo, destaque los logros que haya alcanzado en trabajos anteriores. El *Curriculum vitae* de ninguna manera debe reflejar su modestia, sino su capacidad y preparación. Las compañías siempre están interesadas en hacer contacto con personas que mediante sus esfuerzos personales no sólo hayan producido ganancias para anteriores empleadores, sino que además hayan desarrollado nuevas ideas, ya sea en lo concerniente a productos o a procedimientos laborales. Para preparar un *Curriculum vitae* no es necesario gastar dinero, basta con que esté escrito a máquina, en forma concisa, y cuente con una fotografía suya.

10. Siempre que sea posible, utilice los servicios de los centros de empleo de la Iglesia.

En este sentido se cuenta con oficinas en 48 zonas metropolitanas, las que en el año 1981 contribuyeron para que más de 27.000 personas se vieran favorecidas con nuevos empleos. El personal de tales centros podrá ayudarle proporcionándole referencias y sugerencias de diversa índole.

11. Cuando decida recurrir a agencias particulares de colocaciones, no abone ni un solo centavo hasta tanto no le hayan rendido un servicio específico.

Como sucede en cualquier otra institución, uno se encuentra en este tipo de agencias con personas inescrupulosas que tratarán de sacar provecho de su situación. No se trata de hacer a un lado este tipo de fuente de recursos, pero tenga sumo cuidado.

12. No decline ninguna oportunidad sin antes averiguar lo más posible en cuanto a ella.

Este es un consejo que le puede venir muy bien, particularmente durante los primeros tiempos de búsqueda de empleo. Muchos de los trabajos que se rechazan al principio pueden llegar a considerarse las mejores oportunidades cuando los días se transforman en semanas y luego en meses y "el empleo ideal" no aparece por ningún lado.

13. Prepárese para cada entrevista de trabajo como si fuera la ocupación que siempre hubiera querido tener.

Muchas personas no se preparan debidamente para este tipo de entrevistas. Lo que ante todo se le aconseja es que averigüe todo lo que pueda en cuanto a la firma que le entrevistará. Si le es posible, hable con conocidos que trabajen en ese lugar. Si no conociera a nadie que trabajara para esa compañía, llame por teléfono y procure averiguar todo lo que pueda, aunque más no sea de la persona que contesta su llamado. Cuanto más sepa, más cabal será la idea que tenga de su posible futuro empleador, aun antes de la entrevista.

14. Exponga ante todo lo que usted está en condiciones de aportar, en vez de inquirir sobre compensaciones y beneficios.

No aguarde hasta que la persona que le entrevista le formule las preguntas que le obliguen a responder en cuanto a su capacidad personal. Exponga ante todo y sin que se le pre-

gunte, cuáles son sus virtudes y las razones por las que considera que podría hacer un aporte positivo. Tampoco en este caso resultará favorable el hacer aflorar su modestia. No se trata de ser arrogante ni de exagerar, sino simplemente de exponer hasta la última de sus aptitudes y hacerlo con confianza.

15. Manténgase en contacto con la compañía, especialmente después de la primera entrevista.

No espere a que le llamen; no permanezca de brazos cruzados en su casa aguardando que se pongan en contacto con usted. Dígale a la persona que le entreviste que, puesto que está por demás ocupado teniendo entrevistas con otras firmas, les resultará muy difícil localizarle, por lo que usted se pondrá en contacto con ellos, lo cual debe hacer según se comprometa para que su interés quede de manifiesto. Por lo general, cuando surge la oportunidad, la persona que demuestra un entusiasmo e interés sinceros es la que obtiene el empleo.

16. No se aventure en negocios propios simplemente con el fin de tener una ocupación.

Una de las causas más comunes del fracaso comercial es la descapitalización, pero pese a ello, muchas son las personas que se lanzan a la "ruleta" del negocio propio después de un cierto período de desocupación. Si usted estuviera bien preparado, tanto en lo emocional como en lo educacional y en lo financiero, tal vez fuera ése el momento más apropiado para dar ese paso. Sin embargo, le aconsejo utilizar más mesura para iniciar su propio negocio en medio de un período de desocupación que si decidiera hacerlo mientras cuenta con el respaldo de un empleo fijo. Lamentablemente, muchas personas emplean el criterio opuesto suponiendo que tienen mucho menos que perder. Eso no es siempre así.

17. La última sugerencia: *No se dé por vencido*

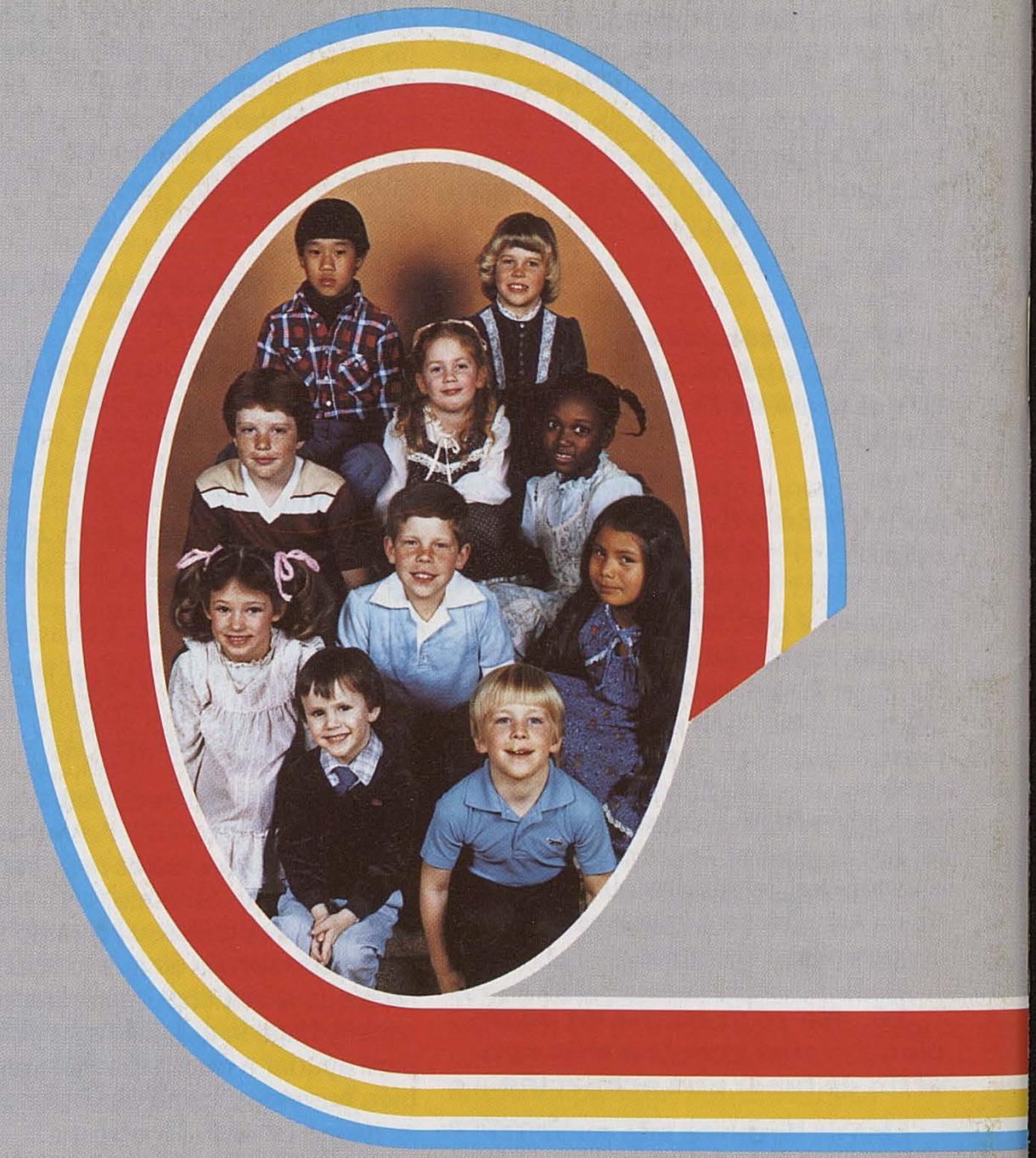
Establézcase metas diarias. Ore junto con su familia pidiéndole al Señor que le ayude a encontrar el trabajo que necesita. Viva el evangelio lo más perfectamente que pueda, recuerde que el Señor nos prometió Sus bendiciones si cumplimos con los mandamientos.

Los versículos de las Escrituras que tal vez más se apliquen a quienes buscan trabajo se encuentran en el mensaje del Señor en el Sermón del Monte, cuando dijo: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Mateo 7:7). Advierta que cada uno de esos pasos requiere de usted un cierto esfuerzo.

Cuando obtenga su próximo trabajo, y estoy seguro de que lo obtendrá, recuerde el esfuerzo que requirió de usted y haga lo que esté a su alcance para ayudar a otras personas que también buscan la forma de volver a la actividad laboral.

Fe de errata

La nota de explicación de la cubierta que aparece en la pág. 2 del número de julio del corriente año corresponde a la cubierta del número de septiembre. A su vez, la que aparece en la pág. del índice del número de septiembre corresponde a la revista de agosto. Lamentamos este error.



En la cubierta:

La Presidencia General de la Primaria.
De izquierda a derecha, las hermanas Virginia B. Cannon, Primeria Consejera;
Dwan J. Young, Presidenta;
y Michaelene P. Grassli, Segunda Consejera.
(Fotografia por Don Busath)

Cubierta de atrás:

Un grupo de niños de la Primaria.
(Fotografia por Wallace Kasteler.)